

Selección

TERROR

CLARK CARRADOS

AQUI VIVE EL DIABLO


st
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

274 — El terror cayó del cielo, *Joseph Berna*.
275 — La helada voz del infierno, *Silver Kane*.
276 — ¡Mata, pequeña Elsa, mata!, *Clark Carrados*.
277 — Yo encontré a Frankenstein, *Curtis Garland*.
278 — La soledad del corredor de muerte, *Silver Kane*.

CLARK CARRADOS

AQUI VIVE EL DIABLO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 279
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 13.927 - 1978
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: julio, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

Cierta noche del verano de 1950, en la casa situada en lo alto de la pequeña colina que dominaba la población de Marnell Field, y pasadas las once de la noche, empezaron a producirse extraños fenómenos, que pusieron en conmoción al vecindario.

Lo primero que se oyó fue un colosal estampido, como si hubiera estallado una bomba de gran potencia. La explosión, sin embargo, no hizo ni siquiera vibrar los cristales de las casas más cercanas, pese a que se encontraban a unos quinientos metros de distancia.

El ruido despertó a la inmensa mayoría de los habitantes de Marnell Field, ya que a aquellas horas eran muy pocos los que estaban despiertos. Después de la explosión, empezaron a verse grandes llamaradas en la casa, a la vez que se escuchaban unos sonidos indescriptibles, mezcla de aullidos de personas torturadas y lamentos de alma en pena.

Los hombres y las mujeres del pueblo, gente sencilla y crédula, contemplaron el extraño fenómeno, que se prolongó durante horas enteras. A veces, la casa desaparecía entre las más espesas tinieblas. Luego se veían todas las ventanas iluminadas por resplandores de los más variados colores, rápidamente cambiantes, todos los cuales se producían en el interior de la mansión, incesantemente acompañados por aquellos gritos que no parecían propios de seres humanos. Algunos, más valientes, intentaron acercarse a la casa, pero percibieron extraños temblores de tierra bajo sus pies y desistieron de intervenir en algo que les resultaba incomprensible.

Todos sabían que en la casa de la colina, que recibía el nombre de Langdon House, residía un sujeto excéntrico, que se decía doctor y que se llamaba Jan Kalsthom. Parecía extranjero, aunque hablaba correctamente el inglés, y los más avispados le suponían originario de Holanda, aunque nadie sabía a ciencia cierta el lugar de su nacimiento.

Lo poco que los habitantes sabían del doctor Kalsthom eran los comentarios que hacía en el pueblo la señora Torrance, su única sirvienta, la que, por otra parte, no residía en la casa, limitándose sus tareas a la limpieza y la cocina. Pero, invariablemente, al atardecer, Abigail Torrance debía regresar al pueblo, sin saber lo que, a partir de aquel momento, ocurría en Langdon House. Había un par de habitaciones en las que Abigail tenía formalmente prohibida la entrada, y ni siquiera le quedaba el recurso de poner la oreja junto a la cerradura de las puertas, ya que antes habla otra cuya llave estaba permanentemente en el bolsillo del doctor.

Abigail, por otra parte, no había soñado siquiera en quebrantar la prohibición. Kalsthom no sólo le daba un buen sueldo, sino que, además, era puntual en el pago y muy poco exigente en lo que se refería a los menús culinarios y a sus atenciones personales. Por dicha razón, Abigail tenía muy poco que contar a sus convecinos y, aunque aquella noche le fueron formuladas numerosísimas preguntas, no pudo responder a ninguna, porque

estaba tan in albis como los demás.

Los fenómenos, gritos, alaridos, voces tenebrosas, pero de gran potencia, llamaradas, fogonazos y trepidaciones del suelo duraron más de tres horas y mantuvieron despierta a toda la población de Marnell Field. Al fin, pasadas las dos de la mañana, se vio un enorme resplandor que salía de la casa, por el lado norte, como una lengua de fuego que se retorcía de la misma forma que lo hubiera hecho un ser humano salvajemente torturado. Aquella inmensa llamarada pareció querer escapar hacia las no distantes montañas, pero, al fin, aguzándose en uno de sus extremos, se hundió en la tierra, con un espantoso trueno final, que a los aterrados habitantes de Marnell Field les pareció era la Tierra que se rompía en mil fragmentos.

Luego volvieron el silencio y la oscuridad, y Langdon House fue sólo una negra silueta que destacaba contra el cielo en la cumbre de la colina.

Pasado un buen rato, algunos de los vecinos de mayor temple, entre los que figuraban el alcalde y, lógicamente, el alguacil, se atrevieron a remontar la pendiente por el camino que conducía ¡basta la casa, alumbrándose con linternas eléctricas y antorchas resinosas.

Cuando llegaron a la casa y llamaron, sólo recibieron el silencio como respuesta. Uno de los hombres abrió la puerta y encendió las luces del vestíbulo.

La extrañeza fue general. Todo parecía normal, sin la menor señal de incendio. No había muebles destrozados ni cortinas chamuscadas y los cristales de las ventanas permanecían intactos.

Gritaron muchas veces llamando al doctor Kalsthom, pero nadie les contestó. Incluso fueron a mirar al gran pozo del lado norte, un enorme agujero que medía no menos de seis metros de diámetro por casi cuarenta de profundidad y que, en su origen, había sido practicado para una mina, sin que las obras llegaran a su término, a causa de la gran vena de agua que ¡había aparecido y que hizo estériles todos los trabajos. Con el tiempo, el manantial se había secado y el pozo estaba vacío.

El doctor Kalsthom no estaba en el fondo del pozo, como algunos habían sospechado. En cambio, sí vieron señales de fuego en las paredes que, para evitar su hundimiento, habían sido revestidas de piedra. Pero el fondo estaba completamente seco, aunque las matas silvestres que habían llegado a crecer aparecían convertidas en ceniza.

Abigail Torrance llegó al amanecer y aconsejó se examinaran las habitaciones prohibidas. El alcalde hizo que el juez expidiera un mandato judicial, a fin de evitarse complicaciones en el futuro y, con dicho documento en la mano, hizo que dos fornidos hombres echaran abajo las puertas, una por una.

Fue una tarea particularmente dura, porque las puertas resultaron estar construidas con una madera de extraordinario grosor y además estaban provistas de un sistema de cerraduras tremendamente fuerte. Pero al fin consiguieron entrar en las habitaciones prohibidas.

Primero encontraron una especie de antecámara, completamente vacía, con los postigos de las ventanas echados. Después de romper las otras dos puertas, vieron que ambas daban a una misma pieza, una vasta estancia, cuyo único mobiliario consistía en un sillón y un gran atril, encima del que había un enorme libraco, cuyas páginas estaban escritas en un idioma desconocido para todos. También divisaron unos extraños dibujos en el suelo, trazados con pintura roja y negra, y un candelabro de bronce, de la altura de un hombre, en el que todavía quedaban rastros de una vela de color verde y del grosor de un brazo humano.

Pero del doctor Kalsthom no había el menor rastro.

El extraño personaje había desaparecido como si jamás hubiera existido. Uno de los vecinos acertó a resumir el pensamiento general:

—Se lo llevó el diablo, que usó el pozo, porque es la boca del infierno. Después, la casa se cerró y empezaron a pasar los años.

* * *

Un cuarto de siglo más tarde, Asa Hayton, ya retirado de su empleo de alguacil, vio llegar a un hombre a Marnell Field, cuya sola visión trajo a su memoria sucesos que ya habían sido olvidados por todos.

Hayton había visto al doctor Kalsthom en alguna ocasión y el hombre que acababa de apearse frente a la taberna era su viva estampa. El ex alguacil pensó que Kalsthom no había cambiado absolutamente en veinticinco años. Todavía conservaba su porte erguido, su espalda seguía siendo erecta y apenas si había canas en sus sienes. El bigote y la barba en punta eran los mismos y, en un cuarto de siglo, no habían blanqueado lo que sería de esperar. Finalmente, no había amigas en la cara de aquel hombre que no rebasaba los cuarenta años y sus ojos poseían un brillo y una vivacidad poco comunes.

El doctor Kalsthom —o su doble—, pensó Hayton, estuvo sólo unos minutos en la taberna. Luego salló, tomó su coche y se encaminó a la casa de la colina.

Entonces, Hayton se precipitó hacia la taberna.

—Jed —gritó al dueño—. ¿Lo has reconocido?

Jed Larrard era otro de los que habían estado en la casa de la colina veinticinco años atrás. Asintió.

—Sí, es el mismo —contestó.

—¿Te lo ha dicho él?

—No, no ha dado su nombre, pero lo reconocería aunque hubiesen pasado mil años, y eso que sólo lo vi unas cuantas veces. Pero es el mismo, es el mismo, Asa.

—¿Te ha dicho a qué ha venido?

—Preguntó quién era el administrador del propietario. Le dije que se llamaba Searn y que residía en Fort Smith, es todo lo que sé. Tomó una copa,

pagó y se marchó, eso es todo.

Hayton meneó la cabeza.

—Han pasado veinticinco años y tú y yo estamos viejos, Jed. ¿Por qué no ha cambiado él absolutamente nada?

—Puede que sea cierto lo que dijo Abigail. Kalsthom había hecho un pacto con el diablo, vendiéndole el alma a cambio de la eterna juventud. O, por lo menos, de la eterna madurez. —Larrard tosió cavernosamente—. Ya me gustaría a mí estar como él, Asa, te lo digo con sinceridad.

Hayton volvió a la puerta de la taberna, desde la que se divisaba la colina, con la casa en la cúspide.

De pronto, soltó una risita.

—Si ha vuelto al cabo de tantos años, debe de ser para darle gracias al diablo.

Asomándose a la boca del pozo, naturalmente —comentó con cáustico acento.

Kalsthom se marchó aquel mismo día y su corta estancia hizo renacer las conversaciones sobre lo ocurrido un cuarto de siglo antes. Por el momento, sin embargo, nadie sabía cuáles eran las intenciones de aquel extraño individuo a quien todos habían creído muerto y que había aparecido tan súbita como inesperadamente.

* * *

La mujer llegó a lo alto de la colina, jadeante, sin aliento, y puso las manos en los costados, mientras miraba furiosamente a su acompañante.

—Roger Thordill, no cuentes más conmigo para otra excursión como ésta —dijo, irritada—. Tengo los pies doloridos, la espalda como si me hubiesen apaleado...

El hombre se echó a reír.

—Vamos, vamos, Lorna —exclamó—. El pueblo está ya cerca y aquel mozo de la gasolinera nos traerá el coche antes de que se haga de noche. Lo que te pasa es que estás enmollecida y no tienes costumbre de caminar una distancia mayor que la que hay de tu dormitorio al baño o al comedor. Acostúmbrate a la vida al aire libre y verás como recobras la salud, la elasticidad, el buen humor, los colores de la cara..., y hasta pierdes algunos kilos, cosa que, aquí entre nosotros, te está haciendo buena falta.

—El aire libre un cuerno —dijo Lorna de mal humor—. Me gusta la ciudad, ¿sabes? Me gusta la contaminación de las calles, el humo del tabaco de los locales cerrados, el olor de la gasolina... Roger, no cuentes más conmigo para otra excursión semejante, ¿me has oído?

Thordill no se inmutó por la violenta filípica. Era un hombre joven, de no más de treinta años, robusto y de agradable apariencia, pese a que no era demasiado alto. Pero su rostro feo y expresivo inspiraba siempre confianza y simpatía a las mujeres, y las que le conocían íntimamente sabían que no era

hombre aficionado al engaño y a la hipocresía.

A Thordill le gustaba el campo y salía siempre que podía. En esta ocasión, había salido acompañado por una de sus últimas conquistas. Lorna Pealy, una hermosa rubia, dos veces divorciada y que vivía de la renta que le pasaba su segundo esposo. Habían viajado primero en automóvil y luego, al llegar a una estación de servicio, Thordill había sugerido la idea de hacer unos kilómetros a píe, hasta llegar a Marnell Field, para disfrutar del hermoso paisaje de las montañas de Arkansas, en muchos sitios todavía como en el principio de los tiempos.

A Lorna no le había gustado demasiado la idea, pero había aceptado, porque Roger sí le gustaba y quería atraparlo, aunque ahora ya empezaba a dudar de la bondad de sus intenciones, porque si después de casada iba a tener que darse aquellas caminatas...

Se hablan detenido a unos cien pasos de la casa que había en la cumbre, para que ella pudiera tomar aliento, después de la ascensión por el lado opuesto al pueblo, mucho más empinado, y ahora la estaban contemplando con moderada curiosidad, viéndola callada, silenciosa, iluminada por aquel radiante sol de principios de primavera que, sin embargo, no llegaba a poner una nota alegre en aquella tétrico, construcción.

—¡Qué cosa tan horrible! —Exclamó Lorna—. Por nada del mundo me gustaría vivir en ese edificio tan lóbrego. Además, está construido con un horrible mal gusto...

—Podría derribarse y edificar una casa nueva —apuntó Roger—. A fin de cuentas, no es precisamente un monumento artístico, cuya conservación pueda interesar.

—Ni aun así me gustaría vivir en este lugar. Hay algo...

Loma no se sentía capaz de definir aquella sensación de angustia que la envolvía después de ver la casa.

—Parece como si el diablo fuese a salir de ahí en cualquier momento —añadió—.

Vámonos, Roger, vámonos.

—Está bien, preciosa. Sigamos.

Reanudaron la marcha. Un poco más adelante, se encontraron con la boca de un pozo. A Roger le extrañó el desusado diámetro y se asomó al brocal, en el que faltaban numerosas piedras.

—No hay agua —dijo.

—Tampoco la necesitamos. ¿Se ve algo?

—Piedras, parece..., algunos matojos... Es muy profundo, Loma.

Ella se acercó al brocal y asomó el torso para mirar hacia abajo. De pronto, lanzó un prolongado «Uuuhhh...», que tableteó con siniestros ecos contra la pared circular del pozo.

Entonces, se oyó un sonido extraño, una especie de voz que no parecía humana. Era mezcla de rugido de furor y de queja impotente, y a Roger le pareció que podía entender algunas palabras:

—Sacad...me de... aquí...

Lorna echó el cuerpo hacía atrás vivamente.

—¡Roger! ¿Qué hay allá abajo? —gritó.

El joven se sintió impresionado en un principio. Luego comprendió que sus sentidos le habían jugado una mala pasada y sé echó a reír.

—Nadie, ¿cómo puede haber alguna persona en el fondo del pozo? Simplemente, tu voz se ha distorsionado al ser devuelta por esa especie de altavoz y ha parecido que contestaba alguien. Vamos, Lorna, sigamos; será mejor que no nos preocupemos más de este asunto.

—Sí, vámonos de aquí. No sé por qué empiezo a tener miedo. Este lugar me pone los pelos de punta, Roger.

Thordill asintió. También él notaba una extraña sensación de desagrado, que no sabía a qué atribuir.

El caso era, se dijo, que había árboles por los alrededores, pero no se oía cantar un solo pájaro.

CAPITULO II

En Marnell Field había un pequeño hotel, a la entrada de la población, con restaurante, en el que se dispusieron a almorzar. Lorna fue a los lavabos, se aseó un poco y luego regresó a la mesa en que ya la esperaba el joven.

Los comensales no eran muchos: ellos, un matrimonio maduro y una extraña pareja, compuesta por una muchacha de no más de veinticuatro años y un hombre de cincuenta, calvo y con lentes de cerco de oro. La muchacha parecía muy irritada, apreció Thordill.

—Esto no puede seguir así, señor Searn —ovó el joven—. Haga usted todos los posibles por vender Langdon House, al precio que sea. ¿Me oye?, al precio que sea. Si nadie la quiere alquilar, véndala..., porque yo no puedo soportar los gastos que acarrea ese maldito caserón.

—Señorita Chase, he hecho todos los esfuerzos imaginables y, créame, sólo me ha faltado regalar la propiedad. Nadie la quiere comprar, se lo aseguro. Sí, muchos han venido, la han visitado y después se han marchado como vinieron, a pesar de que les hacía ofertas inmejorables.

—Maldigo la hora en que se me ocurrió aceptar la herencia —dijo la chica, exasperada—. Creí que, por una vez en mi vida, había tenido suerte, pero lo único que conseguí es una casa que nadie quiere, ni regalada, como usted dice..., y tener que pagar impuestos por algo que no me produce ni tanto así. Pero, señor Searn, ¿por qué no quiere nadie vivir en Langdon House?

El hombre de edad, un agente de fincas sin duda, pensó Thordill, jugueteó con su tenedor unos segundos antes de dar una respuesta sumamente interesante:

—La gente dice que el diablo vive en esa casa, señorita Chase.

—El diablo... —Ella se echó a reír—. Oh, pero qué estupidez... Señor Searn, ¿cómo puede haber personas que crean en semejantes leyendas hoy día?

—Yo sólo le diré una cosa: la gente viene, visita la casa, luego, regla general, se detienen en el pueblo para tomar algo, café, un bocadillo un refresco... Inevitablemente, surge la conversación sobre Langdon House y se enteran de la leyenda. Entonces, salen disparados como alma que lleva el diablo y olvidan sus propósitos sobre la casa.

La chica, muy bonita, según apreció Thordill, hizo un gesto de contrariedad.

—Esto sí que es tocarle a uno la lotería, pero al revés —exclamó—. Una casa en la que vive el diablo... Absurdo, ¿no le parece?

Searn omitió una risita de circunstancias.

—No se puede evitar que la gente crea en determinadas leyendas —contestó—. Pero usted ha visto que la casa no tiene nada de particular.

—Sí, la he visto y, ¿qué quiere que le diga?, no me gusta en absoluto. Por eso quiero venderla o, por lo menos, alquilarla, a fin de sacar de ella lo que

pueda...

—Deberá, tener paciencia —aconsejó Searn—. No queda otra solución.

Roger escuchaba discretamente el diálogo, procurando evitar que se dieran cuenta de la atención que ponía en aquel intercambio de frases. Lorna charlaba incansablemente, pero él contestaba siempre afirmativamente, con síes maquinales, sin importarle en absoluto el parloteo insulso y carente de sentido de su vacua acompañante.

De pronto, un hombre se acercó a la otra pareja.

—Hola, señor Searn. Soy Hayton, el ex alguacil. ¿Me recuerda?

—Hombre, claro... ¿Cómo está, Asa? Le presento a la señorita Chase, propietaria actual de Langdon House...

—Ah, la dueña de la casa de la colina... ¡Qué casualidad, esta misma mañana vino alguien a visitarla! Larrard, el dueño de la taberna, le envió a Fort Smith, para que lo viera a usted. Por lo visto, el tipo quiere alquilarla.

Searn sonrió.

—¿Lo ve, señorita Chase? No hay que desesperar; ya le dije que, tarde o temprano, aparecería alguien interesado en su propiedad.

—En tal caso, dele la casa por lo que ofrezca —contestó la muchacha—. No quiero pagar un solo centavo más de impuestos, ¿comprende?

—Espéreme, señorita; voy a llamar a mi oficina, para darles instrucciones acerca de ese posible comprador —dijo.

Thordill volvió a conceder su atención a Lorna, quien no se había dado cuenta en absoluto de que su acompañante no la había escuchado un solo momento. Pero no por ello dejó de vigilar la mesa vecina con el rabillo del ojo.

Searn volvió minutos después, frotándose las manos.

—Señorita Chase, tengo buenas noticias para usted —manifestó—. El cliente volverá mañana a mi oficina. Tiene mucho interés en Langdon House, hasta el punto de haber dado un cheque de quinientos dólares como anticipo de la renta de todo un año. ¿Qué le parece?

El rostro de la chica se iluminó.

—Vaya, al fin parece que voy a poder nivelar mi cuenta corriente —exclamó jovialmente.

Hayton se había retirado ya. En aquel momento, un muchacho entró en el comedor, mirando a todas partes. Vio a Thordill y avanzó hacia él.

—Señor, ya he traído su coche...

—Gracias, Tony. Anda, pide algo y di que lo anoten en mi cuenta. Nos iremos en seguida y te llevaremos hasta la gasolinera.

—Gracias, señor.

Cuando Lorna se vio acomodada en el asiento del coche, lanzó un hondo suspiro y exclamó:

—Roger, créeme una cosa: ni a rastras volvería a este maldito pueblo, ¿lo oyes? Thordill asintió.

—Te oigo perfectamente —contestó, con la atención puesta, en la extraña

leyenda de la casa en la que, según se decía, vivía el Diablo.

* * *

La chica era alta, de formas rotundas, como una walkyria, y tenía el pelo dorado y los ojos azules. Roger Thordill se detuvo delante de ella y la contempló críticamente.

—Si mis ojos no me engañan, esta hermosa mujer que tengo frente a mí es Meg Brell

—dijo.

Ella le tendió una mano, a la vez que sonreía encantadoramente.

—Soy Meg, en efecto —contestó—. Hacía tiempo que no nos veíamos, ¿verdad?

—Sí, algunos años. Pero tú... —Thordill chasqueó la lengua—. Has mejorado como el buen vino en una barrica de roble bien curado.

Meg rió alegremente.

—Siempre supiste tener la frase oportuna para el momento adecuado —contestó—.

¿Qué es de tu vida, Roger?

—Ya ves, trabajo, rutina... Lo único que se puede desear en este mundo, junto con la salud, que no me falta. Tampoco a ti —añadió, mirándola críticamente de pies a cabeza.

Ella se sonrojó ligeramente.

—Parece como si tuvieras rayos X en los ojos —comentó.

—Me gustaría tenerlos —contestó Thordill audazmente—. Pero ¿por qué no nos refugiamos en alguna parte donde podamos tomar una copa y charlar con normalidad?

Meg hizo aletear sus espesas pestañas.

—Mi apartamento está a menos de cien metros —dijo—. Precisamente ahora regresaba... He hecho unas compras y me las enviarán en seguida. ¿Quieres acompañarme?

—Si no me invitases, te raptaría.

—¿Te sientes pirata, Roger?

—Me siento antropófago. Meg.

Nunca me dijiste una cosa así, cuando estudiábamos.

—Entonces, eras una chica muy distante... Temas demasiados pretendientes... Bueno, lo correcto es decir que yo tenía demasiados competidores, porque una chica tan bonita como tú nunca tiene un número suficiente de pretendientes.

Meg rió, vivamente complacida.

—Pero ya ves —dijo a poco—, aquel excesivo número de pretendientes no me sirvió para nada. Uno tras otro, fueron desapareciendo de mi vida..., y yo me quede sola.

—Había uno, me parece recordar, que poma más interés que los demás.

—Sí, Tom Sopwith, y hasta nos comprometimos para casarnos, pero se estrelló con su coche contra un camión pesado —dijo ella, con un leve dejo de tristeza en la voz.

—Y ya no has querido probar...

—No, no he querido probar. Ah, aquí es, Roger.

Una vez en el apartamento, Meg le indicó dónde estaban las bebidas. Mientras estaba en el baño, vino un chico de reparto con unos paquetes. Thordill los hizo dejar sobre un diván, firmó el recibo y dio una propina. Meg salió cuando el hombre se marchaba ya.

—Ah, han traído mis compras —exclamó.

—Sí. ¿Ropas?

—En efecto. Voy a permanecer una temporada fuera y quiero estar bien equipada.

—Ah, has encontrado un empleo... Pero tengo entendido que no te hacía falta —dijo Thordill, a la vez que alargaba una copa hacia la hermosa joven.

—Bueno, no me hace falta trabajar para vivir, tú lo sabes bien, y sería tontería negarlo. Pero precisamente por eso mismo he aceptado el empleo. No tendré demasiado trabajo, me distraeré y conseguiré algún dinero.

—Eso está bien, te felicito.

—Tú tampoco marchas mal. He oído hablar de ti. Progresas, Roger.

—Trabajo duro, porque me gusta, pero hay momentos en que me detengo y hago un alto. No conviene cegarse por el dinero, Meg.

—Siempre fuiste un poco filósofo —comentó ella—. Otros, sin embargo, piensan que el dinero es lo único importante.

—El dinero es un medio, no un fin —repuso Thordill sentenciosamente—. Yo trabajo para conseguir comodidades, no lujos, una cierta seguridad económica, algún pequeño capricho..., pero, de cuando en cuando si veo que empiezo a notarme agotado, paro en seco y estoy algunos días sin hacer absolutamente nada, incluso lejos de la ciudad, en pleno campo, viviendo al aire libre... Eso descansa mucho y da fuerzas para continuar de nuevo, ¿comprendes? A veces pierdo clientes porque no hago esos altos de una forma regular: los inevitables fines de semana del viernes tarde, sábado y domingo, y tres semanas de vacaciones al año, y una en Navidades... No, descanso cuando lo necesito verdaderamente. Y me va bien, puedo asegurártelo.

Meg le escuchaba embobada.

—Casi me dan ganas de rechazar el empleo y pedírtelo a ti —dijo.

—Si nos hubiéramos encontrado antes, podría ser tuyo el puesto de secretarla. Pero...

—Claro, no vas a echar a la que tienes. Y, por otra parte, yo he firmado un compromiso. De todas formas, espero que a partir de ahora nos veamos con más asiduidad.

—No lo dudo en absoluto, Meg.

Thordill volvió a mirar a la joven, alta, de senos llenos y rotundos y sólidas

caderas, que su misma estatura evitaba toda apariencia de gordura indebida. Las piernas eran largas, firmes, bien diseñadas y la piel, ligeramente tostada, debido al continuo deporte que practicaba, la hacía terriblemente atractiva.

—De modo que ahora estás libre —dijo él.

—Sí.

—Y no tienes ningún pretendiente en perspectiva.

—Ni en sueños —rió Meg.

—A mi me pasa lo mismo.

—¿No estás comprometido?

—Soltero y libre como el viento, hermosa.

El turno del examen llegó ahora para Meg. Al cabo de unos segundos, sonrió:

—Soltero, libre y con una buena posición. ¿Puede desear algo más una mujer?

—Depende de sus ideas sobre el particular. ¿Cuáles son las tuyas?

—¿Por qué no intentas adivinarlo, Roger?

Thordill se acercó a la joven y rodeó su cintura con los brazos. Debajo de la bata que había sustituido al traje de calle, apreció, no había ninguna otra prenda de ropa.

Las bocas se encontraron en un beso ávido, ardiente, mutuamente devorador. Meg pegó su cuerpo al del hombre, completamente, desde los senos hasta la punta de los pies. Y, de repente, la bata cayó al suelo y ella quedó esplendorosamente desnuda, ofreciendo su magnífico cuerpo en una rendición absoluta, que se efectuó allí mismo, sobre la alfombra, en una explosión de ardor pasional, que envolvió a los dos en un fuego cálido y delicioso y que tardó mucho en apagarse.

El sol se había ocultado ya y la estancia se hallaba en penumbra, cuando, después de mucho rato, Roger encendió un cigarrillo, que Meg le arrebató de inmediato.

—Quiero que me prometas una cosa, Roger —dijo ella, después de exhalar una larga bocanada de humo, con la cabeza apoyada en el desnudo pedio masculino.

—Sí, cariño, lo que quieras.

—Te dejaré mis señas. Escríbeme..., y cuando te tomes uno de esos descansos, ven a visitarme.

—De acuerdo. ¿Adónde debo escribirte, preciosa?

—Langdon House, Marnell Field —contestó Meg.

CAPITULO III

La chica fue a pagar, pero el billetero se le escurrió impensadamente de las manos y cayó al suelo. Thordill, galante, se inclinó para recogerlo y devolvérselo a su dueña.

—Gracias —sonrió ella.

—No hay de qué... Oiga, yo la conozco a usted —exclamó Thordill de pronto. La sonrisa se borró en el acto del rostro de Clara Chase.

—No nos hemos visto nunca —respondió secamente. Thordill comprendió en el acto lo que pensaba la muchacha.

—Espere, no soy un tipo que anda buscando una aventura sólo por pasar el rato. Usted no se ha fijado en mí, estoy seguro, pero yo sí la conozco, aunque Jamás nos hayamos hablado.

—Pues... la verdad, no sé cómo ni dónde...

—Hace algunos meses, en Marnell Field. Usted almorzaba con un tal Warner Searn, administrador de una propiedad suya. Yo comía en la mesa contigua y escuché, sin querer, por supuesto, algunas frases que me llamaron la atención.

Clara parpadeó, intrigada.

—Se refiere usted, sin duda, a Langdon House —dijo.

—Sí, justamente, la casa donde vive el diablo. Ella sonrió.

—Una leyenda como otras muchas —contestó—. Además, esto no es Europa, donde las leyendas y fábulas sí tienen una razón de ser, ya que provienen de tiempos muy remotos. Langdon House fue edificada a primeros de siglo y no ha pasado tanto tiempo como para que haya una base para la leyenda. Yo la conozco y, créame, no me impresiona en absoluto.

—Si uno no cree en la leyenda, no se impresiona, en efecto —convino Thordill—.

Recuerdo que usted se sentía muy disgustada aquel día...

—Sí —admitió Clara—. Me había llegado la herencia de una forma inesperada y, en un principio, me alegré, como es lógico. Pero luego supe que me había caído en el regazo un elefante blanco.

Thordill se echó a reír.

—Y no podía deshacerse de él y, además, tenía que pagar los gastos de manutención.

—Que no eran bajos, precisamente. En fin, por fortuna, y cuando menos lo esperaba, surgió el cliente y pude alquilar la casa por un año y mediante un precio que rehízo satisfactoriamente mis maltrechas finanzas.

—¿Mucho dinero? Oh, perdone la curiosidad...

—Seis mil anuales. No está mal, ¿verdad?

—Quinientos mensuales es una bonita cifra. Y, si además trabaja, todavía mejor.

—Trabajo, en, efecto. Soy jefe de sección de unos importantes almacenes.

Thordill la contempló admirativamente.

—Tan joven...

—Empecé muy pronto —dijo ella, un poco picada.

—La felicito, señorita Chase, y me alegro de que sus problemas se hayan solucionado satisfactoriamente. Por cierto, no hace mucho, apenas seis semanas, una buena amiga mía fue a residir en Langdon House.

—¡Caramba, sí que es casualidad! —Exclamó Clara—. ¿Acaso conocía al inquilino?

—No lo sé, y no se me ocurrió preguntárselo. Sólo dijo que había conseguido un empleo, pero no me dijo en qué consistía. Sin embargo, yo le conté la leyenda y ello no pareció impresionarla en absoluto.

—¡Bah, tonterías! ¿Cómo puede creer nadie que allí vive el diablo? De pronto, Thordill se puso serio. Muy pensativo, dijo:

—El día en que la vi a usted hablando con Searn, yo había pasado poco antes por su casa. Había ido de excursión, con una amiga, y nos asomamos al pozo. Ella gritó..., y algo o alguien ulularon desde el fondo. Mi amiga se asustó muchísimo, créame.

—El pozo aquel fue originariamente excavado para una mina, que no llegó a ponerse en funcionamiento. De todas formas, la gente del pueblo lo llama la Boca del Infierno, porque dicen que es el sitio por donde entra y sale el demonio... Ridículo, ¿no le parece? Thordill prefirió no relatar lo que había sucedido realmente aquel día. ¿Había oído una voz humana? ¿O era una ilusión acústica, causada por el sonido del grito de Lorna al rebotar contra las paredes del pozo?

—Sí, ridículo —contestó, sonriendo.

Clara abrió su monedero. Thordill alargó la mano.

—Por favor, permítame —rogó.

Pagó la consumición y acompañó a la muchacha hasta la calle. Una vez fuera, le dio una tarjeta de visita.

—A su disposición, siempre que guste, señorita Chase.

—Encantada, señor Thordill.

El joven regresó a su casa. Sentíase un tanto preocupado. Hacía ya algunos días que había escrito a Meg y no había recibido aún respuesta. Pero en esta ocasión encontró una carta en el buzón.

Meg citaba algo que él había propuesto, pero en sentido negativo:

«Por favor —decía en uno de los párrafos de la carta—, no vengas por el momento. El doctor Kalsthom tiene mucho trabajo y a mí apenas me queda tiempo libre. Ya te escribiré cuando esté un poco más desahogada...»

Thordill frunció el ceño.

El trabajo de Meg, ¿era tan intenso, que no le permitía siquiera una hora de esparcimiento al cabo del día?

Decidió esperar, como máximo, una semana. Dos, a lo sumo. Y entonces, tuviese o no mucho trabajo Meg iría a verla. Tomada esta resolución, sentóse ante un escritorio, sacó papel y pluma y empezó a redactar una apasionada

carta para Meg Brell.

* * *

Una semana después, Clara le llamó inesperadamente.

—Señor Thordill, me interesaría hablar con usted —manifestó.

—¿Tiene algún problema, señorita Chase?

—Personal, no; pero me gustaría contarle algo que creo le interesará. Hoy trabajaré un poco más, para dejar listas algunas cosas en mi sección, ya que mañana iniciamos una semana de ventas especiales. Creo que estaré lista hacia las ocho de la tarde.

—Entonces, si me lo permite, iré a buscarla y cenaremos juntos.

—De acuerdo. Muchas gracias, señor Thordill.

—Soy yo quien debe dárselas a usted —rió el joven.

A las ocho y cuarto en punto, estaban sentados frente a frente, en la mesa de un restaurante pequeño, discreto, pero en donde se servían unos excelentes platos. Después de elegir el menú, se inició la conversación:

—¿Cuál es su problema, señorita Chase?

—Mi problema, en cierto modo, no lo es. En todo caso, lo sería de una amiga mía.

—¿Qué le sucede? ¿Alguna complicación legal?

—Oh, no. Simplemente... Usted citó a una chica que había aceptado un empleo en Langdon House.

—Sí, en efecto. Se llama Meg Brell y yo la estimo muchísimo. Es más, si las cosas siguen como hasta ahora, puede que la pida en matrimonio.

—Será cosa de felicitar a esa muchacha —sonrió Clara—. Pero, por lo que puedo imaginar, el doctor Kalsthom no necesita más de una ayudante.

—Hombre, no sé... ¿Por qué lo dice?

—Conozco la casa. Es grande, tiene bastantes habitaciones..., y no creo que necesite mucho más personal que una ayudante para sus trabajos.

—Quizá ahora una sola ayudante sea poco. Meg se quejaba de trabajo excesivo — dijo Thordill.

—Bueno, sí, es posible. —Clara se mordió los labios, evidentemente preocupada—.

¿Sabe usted qué hace el doctor Kalsthom?

—No, ni siquiera se me ha ocurrido preguntármelo o preguntárselo a Meg. Tal vez trabajos de investigación científica, en un laboratorio particular, que no requiere sin duda un desembolso demasiado elevado... Química, medicina... No lo sé, sinceramente.

—Las investigaciones de Kalsthom no tienen nada de científicas, al menos en el sentido que nosotros damos a esa palabra.

—Pues, entonces, no sé... No me imagino nada...

—Estuve en la casa, antes de que la habitase Kalsthom de nuevo —dijo ella.

—Ah, ya había vivido antes.

—Sí. Residió allí hace veinticinco años y un día desapareció misteriosamente, sin que nadie se pudiera explicar lo que había sucedido. Pero hace poco, concretamente el día en que usted me vio hablando con Searn, reapareció, indagando el procedimiento para alquilar la casa nuevamente.

—Por lo visto, algunos vecinos lo reconocieron —supuso Thordill.

—Sí, todavía había quienes lo recordaban de su época anterior en Langdon House, veinticinco años antes, como le he dicho. Lo más curioso de todo es que en este tiempo el doctor Kalsthom no ha envejecido absolutamente nada. Se conserva exactamente igual que entonces, como si se hubiese marchado la víspera y regresado al día siguiente.

—Tal vez es un hombre al que le gusta ofrecer un buen aspecto personal y se ha hecho la cirugía estética...

—¿Qué me dice del pelo y la barbita? Entonces, apenas tenía canas, lo mismo que ahora.

—Usa tinte para el pelo —sonrió Thordill.

—A pesar de todo... Veinticinco años es mucho tiempo para que no se noten en una persona, mucho más cuando se considera la etapa que va de los cuarenta a los sesenta y cinco.

—Bueno, hoy día se hacen maravillas... Ya digo, tintes, hormonas, la novocaína, las drogas gerontológicas, el alisado de las arrugas... Kalsthom es un poco «coqueto», simplemente.

—No. Ha hecho un pacto con el diablo.

Thordill se agarró al borde de la mesa, mientras contemplaba a la muchacha con ojos estupefactos.

—No me mire así —dijo ella, molesta—. Yo sólo repito lo que dicen las gentes del pueblo.

—Personas crédulas y supersticiosas, sin dud3 —calificó él.

—Como sea, insisto que veinticinco años son muchos y que Kalsthom no puede tener el mismo aspecto que entonces. Sus investigaciones no tienen nada que ver con la ciencia moderna. Investiga... —Clara hizo una pausa, se llenó los pulmones de aire y, procurando dar a sus palabras una entonación dramática, añadió—: Investiga el modo de comunicarse con los espíritus infernales y sujetarlos a su voluntad, a cambio, naturalmente, de venderles el alma.

Thordill se pasó una mano por la cara. Aquello era demasiado fantástico para creerlo. Pero, por otra parte, estaba aquel extraño sonido que había brotado del fondo del pozo y que le había parecido una voz humana, pidiendo ayuda. Tal vez allí sucedían cosas sobrenaturales, cuya comprensión escapaba a las personas habituadas a creer solamente en acontecimientos reales, de explicación clara y congruente.

—De todas formas —dijo, al cabo de unos instantes—, puede que Kalsthom, efectivamente, investigue en ese sentido. Pero no olvide usted la

época en que vivimos. Hoy día existen toda clase de sectas, con las doctrinas más disparatadas..., incluso se celebran misas negras; hay sujetos que proclaman, y llegan a creérselo, que son personajes ya muertos, profetas que existieron hace miles de años... La Demonología no es una ciencia de hoy, precisamente, y la leyenda de Fausto, vendiendo su alma, para volver a la juventud, tiene su base en los estudios de aquellos antiguos alquimistas que buscaban la piedra filosofal..., y la fuente de la Eterna Juventud.

El índice de Clara, con una uña roja, perfectamente arreglada, golpeó la mesa varias veces.

—Sí, pero aquí nos encontramos en pleno siglo XX, cuando ya los viajes espaciales son apenas una rutina y la cantidad de conocimientos que poseemos es inmensa. Los antiguos alquimistas eran sabios que conocían cosas vedadas a la gran masa, por no decir a todo el mundo. Hoy día, la cosa es distinta, varía radicalmente.

—De acuerdo, de acuerdo; Kalsthom investiga el modo de comunicarse con el diablo.

—Y lo ha conseguido, quizá, porque su aspecto no ha variado en este cuarto de siglo, mientras que las personas que lo conocieron en mil novecientos cincuenta acusan lógicamente los efectos del paso de los años. Tal vez... efectivamente, Kalsthom ha conseguido establecer un pacto con el diablo.

—De acuerdo. Supongamos que eso es cierto. En tal caso, ¿qué papel pintan en sus trabajos dos ayudantes femeninos?

—Eso es lo que pronto sabré —contestó Clara.

—¿Cómo?

—La chica que marchó hace una semana, contratada como su ayudante, me escribirá con lo que averigüe.

Thordill parpadeó.

—Diríase que ha infiltrado un espía en la fortaleza enemiga —comentó.

—Bueno, en cierto modo... Raquel Keegan era una de mis subordinadas y amiga, por otra parte. Dijo que le habían ofrecido un empleo mejor pagado y me explicó en qué consistía. Así supe que iba a Langdon House.

—¿Intentó persuadirla para que no aceptase? Clara hizo un gesto negativo.

—No podía. Raquel cobra ciento ochenta dólares semanales. El doctor Kalsthom le ofreció trescientos veinte. Por otra parte, Raquel es una muchacha muy eficiente y sabe que puede volver a su puesto cuando quiera.

—Entonces, lo mejor será, pienso, esperar a que le escriba, ¿no le parece?

—Creo que no nos queda otro remedio. Pero... me siento aprensiva y no conozco exactamente las razones. Son simples presentimientos... A veces pienso que puede ocurrir algo horrible en Langdon House... Señor Thordill, no es natural que un hombre conserve la misma apariencia al cabo de veinticinco años.

—Entonces, usted cree sinceramente en la leyenda que asegura que Kalsthom vendió su alma al diablo para conservar su juventud eternamente.

—Sí, lo creo —contestó Clara con firme acento. Hubo un instante de silencio. Luego, Thordill dijo:

—Kalsthom ha conseguido la eterna juventud, de acuerdo, aunque más bien puede decirse una agradable madurez física, lo que tampoco estaría nada mal. Pero entonces, a mi entender, sus actuales investigaciones ya no tendrían objeto, creo yo.

—Puede que sí —respondió la muchacha—. Puede que Kalsthom siga investigando por otros motivos.

—¿Cuáles, señorita Chase?

—Ya tiene la juventud. Ahora..., busca dinero. Oro, para decirlo con la palabra exacta.

CAPITULO IV

Pasada la medianoche, Raquel Keegan oyó un ruido muy extraño en la casa.

Alguien, en el piso bajo, hablaba de una forma extraña, clamando con voz tenebrosa, como si invocase a un espíritu infernal. Aquella voz, se dijo Raquel, no era la del doctor Kalsthom.

Raquel empezaba a arrepentirse de haber aceptado el empleo. La casa era tétrica y su inquilino la amedrentaba. De cuando en cuando, sorprendía a Kalsthom mirándola de una forma que le ponía los pelos de punta. En esos instantes, los ojos del hombre parecían brasas vivas.

Las voces se repitieron. Kalsthom parecía pedir algo, casi suplicando, aunque con voz colérica e impaciente. Su interlocutor se lo negaba rotundamente.

Una de las veces, Raquel entendió perfectamente la respuesta del desconocido:

—Ya te di lo que me habías pedido. Hicimos un trato y yo cumplí mi parte. Ahora tú debes cumplir la tuya...

—¡No! —Aulló Kalsthom—. Estarás allí, hasta que yo lo diga. Vuelve a tu sitio, maldito, ¡vuelve!

Se oyó un rugido, como el bramido de una distante tempestad. La casa tembló perceptiblemente. Los cristales vibraron.

Raquel, aterrada, se cubrió la cabeza con las mantas. ¿A qué infernal lugar había ido a parar?

La noche le resultó aterradoramente larga. El nuevo día, por fortuna, calmó todos sus temores.

Kalsthom se portó aquel día excepcionalmente amable. Raquel se sintió mucho mejor, hasta el extremo de llegar a pensar que todo había sido una pesadilla.

A media tarde, Raquel se sentó ante la mesa de su dormitorio, armada de papel y pluma. Una vez terminada la carta, cerró el sobre y se levantó, disponiéndose a caminar hasta el pueblo para echarla al correo.

Cuando iba a salir, Kalsthom la llamó desde la puerta de su gabinete de trabajo:

—¡Señorita Keegan!

—Dígame, doctor...

—Por favor, tengo un trabajo urgente... ¿Quiere pasarlo a limpio en la máquina de mi despacho?

Raquel ocultó su decepción tras una cortés sonrisa.

—Por supuesto, doctor.

La carta quedó sobre una consola situada junto a la entrada. Raquel se aplicó inmediatamente al trabajo, que terminó una hora más tarde, justo cuando acababa de hacerse de noche.

Al salir del despacho, vio la carta sobre la consola. Miró a través de una de las ventanas. Aunque se divisaban las luces del pueblo, no le agradaba la idea de cubrir un kilómetro, entre la ida y la vuelta, por un camino oscuro y solitario. Lo haría al día siguiente, con luz suficiente para no sentir temores irracionales.

Aquella noche, sin embargo, se reprodujeron las voces. Raquel, intrigada, se levantó de la cama y abrió la puerta del dormitorio.

—¡No! —Decía el desconocido—. No cederé...

—Cederás, tarde o temprano cederás —insistía Kalsthom—. Y yo tengo medios para forzarte a que cedas, ¿me has oído?

Raquel, dominando su miedo, bajó lentamente hasta el vestíbulo y se acercó a la puerta. La discusión entre Kalsthom y el desconocido había alcanzado tonos virulentos, de terrible violencia. Raquel se asustó tanto, que decidió intervenir antes de que sucediera una desgracia. Tal vez, pensó, su presencia calmaría a los dos hombres.

Abrió la puerta. Inmediatamente, lanzó un terrible chillido.

Aquello que estaba con el doctor Kalsthom no era una persona. Era algo espantoso, horripilante... La impresión recibida fue excesiva y perdió el conocimiento.

En la estancia sonó una estridente carcajada.

—¿Lo ves? —Dijo la cosa—. Ella se ha desmayado... Los labios de Kalsthom se contrajeron.

—Te ha visto, es lógico —contestó—. Pero no dejaré que lo repita por ahí.

—Como quieras. ¿Qué, me vuelvo a mi sitio?

—Sí, maldito, sí, vuelve —exclamó Kalsthom exasperadamente.

Acercándose a Raquel, la alzó en brazos y la condujo al sótano de la casa. Ella despertó para sufrir el último horror, para ver el cuchillo que descendía hacia su corazón, en el que sintió un agudísimo dolor, precursor de la muerte inmediata.

Y ya no supo lo que hacía el doctor Kalsthom con su cadáver.

* * *

Había sido una jornada de duro trabajo y, tras una reconfortante ducha, vestido solamente con una bata estilo quimono, y unas zapatillas afelpadas, Thordill estaba preparándose un escocés doble, con hielo. Tenía ya el disco en el plato del tocadiscos y, mientras sorbía el whisky a pequeños tragos, se relajaría con Las cuatro estaciones, de Vivaldi. Al mismo tiempo, empezaba a pensar en que ya era hora de hacer un viaje a Marnell Field.

Aquella rosada perspectiva de descanso se esfumó súbitamente cuando, antes de apoyar la aguja en el disco, sonó el timbre de la puerta. Thordill maldijo entre dientes al inoportuno, cruzó la estancia y abrió.

—Hola —dijo Clara Chase—. ¿Puedo pasar? Thordill se apartó presurosamente.

—Por supuesto —accedió, muy sorprendido por la inesperada presencia de la muchacha—. Entre y le prepararé algo de beber... —Señaló el bien provisto bar—.

Mejor dicho, prepáreselo usted a su gusto. Yo voy a cambiarme...

—Hombre, ya lleva una bata puesta; no se arregle por mí —exclamó ella.

—Es que no llevo nada más debajo —se sonrojó Thordill—. Discúlpeme un minuto, por favor.

Se alejó rápidamente y volvió a poco, vestido con una camisa de manga corta y pantalones de hilo. Clara estaba en pie junto a la barra, aunque sin dar muestras de sentir sed.

—A usted le sucede algo —adivinó.

—Sí, es verdad.

—Bien, cuénteme.

Thordill puso dos dedos de whisky en el vaso, añadió unos cubitos de hielo y se lo entregó a la muchacha.

—Se trata de Raquel Keegan —dijo ella, después de tomar un sorbo.

—¿Le ha ocurrido algo malo?

—No sé. Hoy he tenido carta suya... Es una carta muy extraña, señor Thordill.

—Clara, lo primero que debe hacer es llamarme por mi nombre. ¿Se lo repito? Ella sonrió de mala gana.

—No es necesario —contestó—, Roger..., creo que no fue Raquel quien ha escrito la carta que hoy ha llegado a mis manos.

Thordill arqueó las cejas.

—¿Está enferma, acaso?

—No. La letra parece suya..., pero apostaría algo a que está falsificada.

—¿Cómo? ¿Quién podría tener interés en falsificarla?

—Kalsthom.

Hubo un instante de silencio. Luego, Thordill movió una mano.

—Déjeme ver la carta —pidió.

Clara abrió el bolso. Thordill se enfrascó en la lectura durante unos minutos. Al terminar, alzó la vista hacia la muchacha.

—Bueno, yo encuentro que es una carta perfectamente normal.

—Salvo por un detalle, Roger.

—¿Sí?

—La firma.

—¿La... firma?

—Roger, he visto demasiadas facturas, albaranes y memorándums firmados por Raquel, como para no conocer su firma a la perfección. La letra del texto sí parece la suya, pero la firma, puedo asegurarlo rotundamente, no lo es. Conservo en mi archivo demasiadas notas firmadas por ella y antes de venir a verle hice varias comparaciones. No, rotundamente no, Raquel no firmó esta carta.

—Bien, daremos eso por sentado, pero es que, además, yo he observado un

detalle en el que, me parece, no ha reparado usted.

—¿De veras?

—Sí. Raquel le cuenta muchas cosas, pero en ningún párrafo de la carta menciona una sola vez a Meg Brell. Kalsthom tiene dos ayudantes, recuérdelo. Parecería lógico que Raquel dijese algo de su compañera, pero no es así, no hace ningún comentario, ni siquiera ese tan intrascendente de «tengo una compañera muy simpática» o «es guapa, pero adusta, aunque nos llevamos bien»... En fin, algo tendría que decir, me parece.

—Sí, parece lógico —murmuró ella pensativamente—. Pero quizá, como yo no la conozco, no juzgó interesante decir nada al respecto.

—Pudiera ser...

—¡Oiga! —elijo Clara de pronto—. A usted le escribió Meg. ¿Conserva todavía sus cartas?

—Sí, tengo la última en mi escritorio... Permítame, por favor.

Thordill se levantó, cruzó la estancia y se acercó a un escritorio de persiana, que era al mismo tiempo un elegante motivo de decoración. Lo había rescatado de una casa vieja, en trance de derribo, y tras una adecuada restauración el mueble lucía flamante, como nuevo, atractivo en su antigüedad de casi un siglo.

En uno de los cajones estaba la carta, que sacó, para examinar su firma. Después de desplegar el papel, miró a su visitante.

—La verdad es que no puedo afirmar si la firma de Meg es o no falsa —dijo.

—¿No conoce a alguien que lo pueda asesorar al respecto? Thordill meditó un instante.

—Iré a cierto Banco... Su director es conocido mío y, aunque no le pregunte por el estado de la cuenta de Meg, sí podrá hacer que comparen la firma de esta carta con las que ellos tengan en sus archivos.

—¡Buena idea! —aprobó ella.

Clara también tenía en las manos la carta de su amiga. De súbito, cuando iba a volverla de nuevo al bolso, ocurrió algo extraordinario.

El papel empezó a arder. Al mismo tiempo, brotaron vivas llamaradas de la carta que Thordill tenía en su mano.

Clara chilló, a la vez que soltaba el papel, y lo mismo hizo el joven. En unos segundos, las dos cartas se convirtieron en apestosas cenizas, en medio del asombro y estupefacción de la pareja, que no comprendían en absoluto lo que había motivado aquel pequeño incendio.

* * *

Durante unos segundos, Thordill y la muchacha permanecieron inmóviles, convertidos en estatuas. El asombro que sentían les impedía reaccionar de forma coherente.

Pero los papeles, al arder, habían dejado como secuela un hedor espantoso.

Thordill se movió hacia la ventana, que abrió de par en par, a fin de ventilar la estancia.

Clara tenía la cara completamente blanca.

—Empiezo a pensar que, efectivamente, el diablo vive en Langdon House —murmuró. Thordill meneó la cabeza.

—En lugar de buscar a un perito calígrafo, tendré que buscar un químico —manifestó.

—¿Qué quiere decir con eso, Roger?

—Las cenizas. Haré que las analicen...

—¿De veras?

Las cenizas seguían consumiéndose, en lugar de quedar como unas hojas negras en el suelo. Despedían una ligera humareda, que se deslizaba serpenteando hacia la ventana, y al cabo de un minuto ya no quedaba el menor rastro de las dos cartas.

—Extraordinario —comentó él.

—Diabólico —dijo Clara.

—Ah, piensa...

—Roger, empiezo a pensar que el diablo tiene buena parte en todo esto —dijo ella con firmeza.

—Luchar contra el diablo no es cosa fácil.

—Pero se puede vencer.

—No somos exorcista^, Clara.

—Sospecho que no todos los combates contra el diablo se han de librar con las armas del exorcismo. El Maligno actúa de muchas formas y no sólo posesionándose de las almas de las personas.

—¿Lo cree así?

—Se lo escuché hace no demasiado tiempo a una conferenciante —explicó la chica—. Es una mujer relativamente joven, pero muy impuesta en demonología. Luego nos hicimos amigas..., pero ahora ella está en la ciudad y no sé cuándo podrá volver.

—Al menos, conocerá su dirección actual.

—Por supuesto. Le escribiré... Thordill alzó una mano.

—Aguarde que haya vuelto de Marnell Field —dijo. Los ojos de Clara brillaron súbitamente.

—¿Por qué no vamos los dos juntos? —propuso.

—Pero usted tiene un empleo que la ata a un horario fijo...

—Le dije que estábamos haciendo unos trabajos de reorganización de mi sección. Nos falta ya muy poco y he podido conseguir que, al terminar, me concedan una semana extra de vacaciones. El sábado estaré lista —dijo la muchacha—. Por tanto, podremos emprender el viaje el domingo por la mañana, si le parece bien.

—¡Magnífico! —aceptó él, entusiasmado. Luego hizo una pregunta y ella contestó:

—Se llama Georgina Leonard y es doctora en Demonología.

—Si nosotros no conseguimos nada, espero que la doctora Leonard acabe con el demonio que habita en Langdon House —dijo Thordill esperanzado, pero, a la vez, preocupado por la suerte de Meg Brell.

CAPITULO V

—Aún no comprendo cómo pudo convertirse en dueña de Langdon House —dijo Thordill, el domingo, a las nueve de la mañana, apenas habían iniciado el viaje hacia Marnell Field.

—Bueno, la cosa, si se mira bien, es de risa —contestó ella—. La casa perteneció a mi bisabuelo, que fue el que intentó poner en funcionamiento una mina de no sé qué... Cuando ya llevaba unos cuarenta o cincuenta metros excavados, perforaron una tremenda vena de agua que obligó a suspender los trabajos. El pozo quedó así como cisterna, pero, con el tiempo se secó. Mi bisabuelo se .había hecho ya viejo y no quiso moverse de aquel lugar, en donde hizo edificar la casa. La heredó su hijo..., y la hubieran heredado mis padres, de no haber muerto cuando yo tenía quince años.

»Desde los quince hasta los veinte años, viví con mi tía, la otra hija de mi abuelo, a la que le correspondía realmente heredar. Pero cuando murió el abuelo, apenas hace un par de años, ella se negó rotundamente a convertirse en la propietaria de la casa.

—Total, que usted cargó con la propiedad...

—Sí. Mi tía hizo una renuncia formal de la herencia ante notario. A decir verdad, eran ya los únicos bienes que quedaban de la primitiva fortuna del bisabuelo Jonás y yo no sabía nada, hasta que vino a buscarme un abogado. Tía Agatha nunca había mencionado la casa y yo hacía casi cuatro años que me había separado de ella. Total, que pensé que la propiedad podría proporcionarme algunos beneficios, pero durante dos años, es decir, a partir del momento en que me convertí en su dueña, no tuve más que gastos. Y nadie quería comprarla ni alquilarla, pese a las condiciones tan ventajosas que ofrecía, hasta que llegó el doctor Kalsthom.

—Y usted aceptó encantada,

—Figúrese. Era un elefante blanco en mis manos: no la vendía, no la alquilaba, mis escasos ahorros habían volado con los Impuestos... Usted hubiera hecho lo mismo en mi lugar, me parece.

—Por supuesto. Pero, cuando aceptó la herencia, ¿conocía ya la leyenda?

—No, en absoluto. Lo primero que supe al respecto fue cuando conversé con el agente, Warner Searn, y eso al cabo de un tiempo, al ver que no podía obtener ningún beneficio de la propiedad. Entonces, Searn me contó su historia.

—Una historia nada agradable, por cierto —sonrió Thordill.

—No, no es nada agradable convertirse en propietaria de una casa habitada por el diablo.

—¿Cree ahora en la leyenda?

—Casi estoy convencida, Roger.

—En su opinión, ¿puede ello tener alguna relación con la firma falsificada de Raquel Keegan?

—Seguramente.

—¿Qué piensa usted de este asunto? ¿La tiene secuestrada el doctor Kalsthom?

—Posiblemente, no.

—¿Entonces...?

—Entonces, de alguna forma que ignoro, Kalsthom consiguió la carta que Raquel me había escrito, y la copió, añadiendo o suprimiendo algún párrafo nada conveniente para él y, por supuesto, imitando su letra. Respecto de la letra, no puedo asegurar nada; pero la firma, sí, rotundamente, sí: estaba falsificada.

—Bien —dijo Thordill—, creo que hoy podemos salir de dudas. Y, a decir verdad, también a mí me interesa hablar con Meg. Si Kalsthom la retuviese contra su voluntad, yo me la llevaría, aunque tuviese que romperle algo en la cabeza.

—¿La quiere, Roger?

—Estudiamos juntos...; bueno, la verdad es que Meg iba algunos cursos más retrasada, pero éramos bastante amigos. Dejamos de vemos un tiempo, luego nos encontramos...

—Y surgió el amor.

—No diría yo tanto, aunque sí acordamos escribirnos con frecuencia, ya que habíamos podido apreciar que simpatizábamos mutuamente, más de lo que ninguno de los dos podía esperar después de varios años de separación.

—Ella le ha escrito...

—Cuatro cartas. La que ardió era la última. No conservaba las otras.

—Lástima.

—¿Por qué dice eso, Clara?

—Sabría resultado interesante ver si las otras cartas ardían también.

Thordill quedó callado unos momentos, con la vista fija en la carretera, que se deslizaba rápidamente a los dos lados del coche. Había guardado cada carta un par de días, releyéndola en ocasiones, y luego la había arrojado, después de rota en varios trozos, al triturador de basuras de la cocina. Era imposible saber, por tanto, si aquellas cartas estaban destinadas a arder de forma tan misteriosa, lo mismo que la última recibida de Meg y que había conservado un tiempo superior a las restantes.

—Cuando lleguemos a Langdon House, hablaré con Meg —respondió al cabo.

—Y yo con Raquel —añadió Clara resueltamente.

* * *

Cuando llegaron a Marnell Field, era ya mediodía. Aunque sentía vivos deseos de ver a Meg, Thordill propuso a la muchacha tomar un bocadillo en el restaurante que había a la salida de la población y desde el cual se podía ver Langdon House con toda facilidad.

—Sí, es una buena idea —aceptó la muchacha—. Tengo apetito, y me imagino que media hora de retraso no alterará demasiado el rumbo de las cosas.

—Lo que ha sucedido ya, ha sucedido —dijo él, sentencioso—. Y si en esa casa ocurre algo malo, no pasará precisamente por el día —añadió, aludiendo al hermoso tiempo que hacía, con el sol resplandeciendo en un cielo sin una sola nube.

Poco después, estaban sentados ante una mesa. Thordill había llevado consigo unos prismáticos, elemento que había juzgado podía resultar útil en aquella excursión. La mesa estaba Junto a una de las ventanas, desde la cual se divisaba la casa de la colina sin la menor dificultad.

Encargaron el menú a la camarera, una chica joven, pechugona, de aire despierto y sonrisa maliciosa. La camarera tomó nota y se alejó hacia la cocina. Thordill sacó los gemelos de la funda y los asestó hacia la colina.

—La casa parece normal, pero no se ve a nadie fuera —dijo, pasados algunos minutos.

—A ver, déjeme —pidió ella.

El almuerzo llegó cuando Clara estaba todavía con los prismáticos delante de los ojos.

La camarera reparó en el detalle y soltó una risita.

—¿Se interesan por la casa donde vive el diablo? —preguntó. Thordill se volvió hacia ella.

—¿Qué sabe usted sobre el particular, señorita...?

—Llámeme Dina —contestó la camarera—. Bueno, yo sé, más o menos, lo que sabe todo el mundo.

—Y ¿podemos saber nosotros lo que sabe todo el mundo? —preguntó Clara.

—El diablo vive allí, con el doctor Kalsthom, que le vendió su alma para conseguir la eterna juventud. Bueno, es un hombre ya maduro, pero los que le conocían dicen que no ha cambiado nada en un cuarto de siglo.

—Usted no le conoció entonces, por supuesto —dijo Thordill.

—¿Yo? —Dina soltó una risita—. Aún faltaba un año para que naciese. Pero mi padre sí le conoció, y el alguacil Hayton, y el alcalde Callegh y el dueño del hotel, Mike Sawyer... Mucha gente le conoció, lo cual no quiere decir que tratasen con él. Pero lo recuerdan perfectamente. —De pronto, Dina bajó la voz—: Allí pasan cosas espantosas. Algunos hablan de quemar la casa.

—Cuidado —exclamó Clara vivamente—. Esa casa es mía. Yo soy la dueña, señorita. Dina respingó.

—No lo sabía...

—Pues ahora ya lo sabe. Y si oye hablar a alguna persona sobre el asunto, dígale que podría costarle muy caro. Viva o no viva en ella el diablo, es mía y no consentiré que nadie dañe mi propiedad.

—Sí, señora —dijo Dina, un tanto amedrentada. Thordill levantó una

mano, conciliador.

—Calma, por favor. En Marnell Field hay personas que se encargan de hacer respetar la ley, me imagino. Nadie quemará su casa, Clara..., y usted, Dina, por favor, dígame si los hombres que ha mencionado siguen viviendo todavía en el pueblo.

—Oh, por supuesto. ¿Adónde iban a marcharse esos vejestorios? —respondió la camarera insultantemente.

Thordill asintió. Sí, eran hombres que ya eran viejos y, alguno de ellos, incluso de edad superior a la de Kalsthom. No tenían, no podían tener porvenir fuera de Marnell Field.

—De todas formas —continuó la locuaz camarera—, hay alguien que podría facilitarles más detalles de Langdon House y del doctor Kalsthom, si es que les interesa.

—Hombre, díganos quién es...

—Abigail Torrance, la sirvienta que trabajó para el doctor hace veinticinco años. Si alguien sabe algo en el pueblo, es la señora Torrance.

—De modo que la sirvienta...

—Sí, pero ahora ya no va a Langdon House. El doctor se arregla solo, por lo visto. Unicamente, una vez a la semana, le llevan las provisiones y el repartidor las deja en la entrada. Kalsthom le paga, añade una propina y eso es todo.

—Y nadie entra en la casa.

Dina hizo un gesto negativo.

—Nadie —corroboró—. Dispensen, me llaman de otra mesa... La camarera se alejó. Thordill cambió una mirada con Clara.

—¿Qué opina usted? Resultaría interesante hablar con la señora Torrance...

—A la tarde —indicó la muchacha—. Ahora, opino, es más urgente ver a Raquel y saber cómo se encuentra. Y también a Meg, por supuesto.

—Sí, tiene razón, eso es lo más urgente —concordó Thordill.

* * *

Terminado el almuerzo, encargaron dos habitaciones para la noche. Luego fueron al automóvil y se dirigieron a Langdon House.

Thordill recordaba muy bien aquel camino, sombreado de árboles hasta unos cien metros de la casa, que crecía solitaria, erguida sobre una calva en la que apenas crecían unos ralos tallos de hierba en un par de robles. A la derecha se veía el brocal del pozo, con algunas mellas, como la boca de una vieja desdentada.

La casa, en otras circunstancias, y a pesar del mal gusto de su constructor, habría podido resultar atractiva. Thordill se dijo que, si fuese suya, sembraría el calvero de césped abundante y plantaría árboles y arbustos de crecimiento rápido. Con macizos de flores, la colina tomaría un aspecto radicalmente distinto.

Pero a Kalsthom, por lo visto, los árboles, la hierba y las flores le tenían sin cuidado.

—Sólo le importa prolongar su juventud —murmuró.

—¿Decía, Roger...? —preguntó Clara.

—Oh, nada, hablaba conmigo mismo.

—¿Tiene la costumbre de hablar a solas? —sonrió ella.

—No, pero ahora se me escapó ese comentario. Estaba pensando en Kalsthom y no pude evitarlo.

—Bien, ahora tendrá ocasión de hablar con él personalmente.

El coche se detuvo frente a la casa. Se apearon frente a la entrada, protegida por lo que parecía medio templete griego, al que se accedía por una escalera de cuatro peldaños, que Thordill salvó en dos saltos. Junto a la puerta, de historiados cuarterones de roble oscurecido por el tiempo, había una anilla, unida a una cadena enmohecida.

Thordill introdujo dos dedos en la anilla y tiró un par de veces. La campanilla sonó al otro lado, con notas propias del metal agrietado.

Pasó un minuto. Thordill repitió los tirones.

—No contesta nadie —dijo.

—Entonces, entraremos —exclamó la muchacha resueltamente.

—Kay un inquilino...

—Y yo soy la dueña. La ley me permite entrar, para inspeccionar el estado de mi propiedad —dijo con gran énfasis.

—Pero con la anuencia del inquilino o arrendatario y en su presencia —observó Thordill, quien añadió—: Recuerde que soy abogado.

—Precisamente por eso mismo, Roger. ¿Voy a estarme quieta, si nadie acude a recibimos?

Thordill extendió las manos.

—Adelante, usted es la propietaria —sonrió.

CAPITULO VI

Los goznes de la puerta chirriaron lúgubremente al girar, impulsada por la mano de Clara. Un extraño olor, no muy penetrante, dulzón y repelente al mismo tiempo, hirió sus pituitarias en el acto.

—Parece incienso... —observó ella.

—Quemado con alguna otra droga que desconocemos —dijo Thordill.

El vestíbulo aparecía completamente desierto, aunque limpio y en orden. Sin embargo, Clara apreció en el acto un detalle que llamó su atención. Había una consola junto a la entrada y pasó la yema del índice por su pulida superficie. Luego se la enseñó a Thordill.

—Hace semanas que no pasan un paño para limpiar el polvo —dijo.

—¿Tiene eso algún significado especial? —preguntó él.

—Lo tiene. Raquel es dependienta y conoce las ventajas de la limpieza en los mostradores y en los artículos que se exhiben. Ella no habría dejado qué el polvo se acumulase tanto tiempo.

—Bueno, quizá se marchó... Veamos lo que hay al otro lado de eS3 puerta, Clara.

Thordill avanzó hacia la puerta señalada, situada a la derecha del vestíbulo, seguido por la muchacha. Cuando ya se disponía a abrir, oyeron una voz en lo alto:

—¿Puedo serles útil en algo?

Thordill y la muchacha se volvieron al mismo tiempo, ella incluso lanzando un gritito de susto, provocado por la inesperada aparición del individuo, situado en lo alto de la escalera que conducía al piso superior y al ático.

A Thordill, aquel hombre le recorrió enormemente a Vincent Price, en una de sus numerosas películas de terror. Tal vez era algo más delgado de rostro, pero el parecido fisonómico y la sonrisa ligeramente ladeada tenía una semejanza asombrosa. Kalsthom vestía una chaqueta roja, de terciopelo, pantalones oscuros y pañuelo al cuello. Su mano izquierda estaba metida en el bolsillo correspondiente de la chaqueta, adornada con un pañuelo negro y dorado que sobresalía del bolsillo superior.

—Hemos llamado varias veces y nadie contestaba —arguyó, a la vez que adelantaba unos pasos—. Permítame, doctor Kalsthom. Soy Roger Thordill. Mi acompañante es la señorita Clara Chase, propietaria de la casa. Supongo —añadió el joven— que usted es el doctor Kalsthom.

—Jan Karl Kalsthom —puntualizó el sujeto, a la vez que empezaba a descender por la escalera con gran lentitud—. No he oído las llamadas; dormía muy profundamente la siesta y... Encantado de conocerles, señor Thordill, señorita Chase.

Clara se adelantó también, con las manos en el bolso que pendía de su hombro izquierdo.

—Como ha dicho el señor Thordill, soy la propietaria de la casa —manifestó—. Usted y yo no nos conocemos personalmente, porque quien llevó los tratos relativos al alquiler fue el señor Searn. Pero si duda de mi palabra, le enseñaré la copia del contrato y mi documentación personal.

Kalsthom alzó su mano derecha con ademán magnánimo.

—Mi estimada señorita Chase, lo menos que se me ocurriría es dudar de sus aseveraciones —dijo engoladamente—. Pero ¿no quieren pasar a la biblioteca? Puedo ofrecerles una copa...

—Hemos venido a hablar con usted de un asunto muy interesante —manifestó Clara con gran vehemencia.

—Esa conversación podrá esperar unos minutos, lo justo para que yo les prepare unas copas —dijo Kalsthom, sin perder por un segundo su sonrisa—. Tengan la bondad...

Kalsthom abrió la puerta y se quedó a un lado. Thordill y la muchacha franquearon el umbral, pasando a la biblioteca, que no era un lugar que brillase precisamente por la abundancia de volúmenes. Tal vez habría un par de centenares de libros, distribuidos en dos estanterías no demasiado grandes. En realidad, era más bien un salón, donde los habitantes de la casa podían entregarse al descanso y a la conversación.

Una vez dentro, Kalsthom fue a una mesita y destapó un frasco de cristal, bellamente tallado, que contenía un líquido de color rojo como el rubí y absolutamente transparente.

Thordill contempló su copa al trasluz. Nunca, se dijo, había visto un vino tan transparente. Olfateó un poco y encontró un bouquet delicadísimo, de incomparable suavidad. Luego probó unas gotas. El vino era fuerte, como si contuviese un ligero exceso de alcohol, pero el sabor era algo que no podía definir.

—Es usted un verdadero entendido —rió Kalsthom—. Ha realizado las tres operaciones propias de un buen catador de vinos.

Thordill tomó un sorbo de licor un poco más largo.

—A no ser por el color, diría que es un amontillado, aunque más fuerte de lo habitual en esos vinos —dijo.

—Algo hay de verdad en ello, amigo mío, aunque el vino que tiene usted en la copa es el resultado de largos años de experimentación propia. Pero, como usted no ignora, sin duda, el color de las cosas puede hacerlas todavía más atractivas o convertirlas en algo repulsivo. Muchas veces, el éxito de un producto nuevo en el mercado depende de la envoltura, de su diseño artístico y de la adecuada distribución de colores. Y, créame, un vino absolutamente rojo, pero también absolutamente transparente, resulta mucho más atractivo.

—Sí, sobre eso no cabe la menor duda —convino Thordill—. Pero, si me lo permite, doctor, no hemos venido aquí para hablar de vinos.

—Quiero saber qué ha sido de Raquel Keegan —dijo Clara. Kalsthom se volvió hada la muchacha.

—¿Por qué lo pregunta, señorita Chase?

—Era mi amiga y sé que vino aquí, contratada por usted.

—Es cierto, pero la señorita Keegan ya no está. Se despidió la semana pasada y se marchó.

* * *

Hubo un instante de silencio. Luego, Clara, impulsivamente, exclamó:

—¡Eso no es posible!

—«¿Que no es posible que se haya marchado? —Kalsthom arqueó las cejas—. Señorita, ¿por qué habría de mentirte? ¿Quiere registrar la casa? ¿Piensa acaso que la tengo secuestrada, encadenada en algún húmedo y sombrío calabozo?

—Pero yo sé que...

—Permítame que sea franco, señorita Chase —siguió Kalsthom—. Aunque no lo parezca, tengo un carácter muy difícil con mis subordinados. Trato de dominarme, pero no siempre lo consigo.

—No irá a decirme que los trata a latigazos —terció Thordill cáusticamente.

—Oh, por favor... Siempre, pronuncio palabras y frases muy duras, injustas quizá, debidas a la cólera que me domina en esos momentos, pero nunca hasta el extremo de levantar la mano a una persona. Lo siento, pero es así.

—¡Pues yo no le creo! —exclamó la muchacha vivamente—. Raquel me escribió y, aunque no pueda asegurar nada de la carta, sí estoy en condiciones de afirmar, bajo juramento, que su firma estaba falsificada.

—¿Tiene la carta a mano? —preguntó Kalsthom.

Clara se quedó cortada. Thordill, que la miraba fijamente, adivinó sus pensamientos. No podía presentar la carta como prueba, ya que se había convertido en más que cenizas, en humo.

—Bien, entonces, usted sostiene que se marchó...

—Sí, señorita.

—¿También se marchó Meg Brell? Kalsthom se volvió hacia el joven.

—¿La conocía usted?

—Éramos muy amigos, doctor. Y me escribió varias veces desde esta casa.

—Lo siento. La señorita Brell es otra de las personas Que no pudo soportarme—, Kalsthom se echó a reír de pronto—. Ya, ya Sé lo que están pensando; yo las he asesinado para beberme su sangre y luego he enterrado sus cuerpos exangües en el sótano. —Hizo un amplio ademán con la mano derecha—. Pero, si no me creen, registren la casa, empleen todo el tiempo qué gusten... Sé de sobra —añadió— la fama de que disfruto en el pueblo, aliado del diablo, vampiro chupador de sangre... Es algo que no puedo evitar y contra lo que me resulta imposible luchar. Lamentable, créanme.

—Algo hemos oído al respeto, doctor —admitió Thordill prudentemente —. De todos modos, ciertos comentarios no nos interesan. Nuestro interés

estriba en esas dos jóvenes que vinieron aquí y que ya no están en la casa.

—Lo siento. Se marcharon..., y ya eran un poco mayorcitas para obrar por su cuenta. Ni podía retenerlas ni ya me interesaba su dirección, puesto que sabia no iban a regresar. De todas formas, si sospechan de mi, avisen a la policía. No temo nada, insisto. A este respecto, mi conciencia está absolutamente tranquila —concluyó Kalsthom con gran énfasis.

—Hay un gran pozo... —apuntó Clara. Kalsthom se echó a reír.

—Mi querida y aprensiva señorita Chase, ¿por quién me ha tomado usted? ¿Quién ha metido tan disparatadas ideas en esa linda cabecita? Por favor, esas dos muchachas estuvieron aquí, trabajaron un tiempo conmigo, muy breve, por lo demás, y se marcharon. Eso es todo..., toda la verdad.

Thordill apretó los labios. Había en la voz de Kalsthom una nota de insinceridad, pero todo lo que decía era absolutamente lógico y, sin pruebas, no se podía rebatir ni una sola de sus afirmaciones. Les gustase o no, tenían que marcharse con el rabo entre piernas, aplicándose la metáfora, harto justificada en la ocasión.

—Está bien. Vámonos, Ciara —dijo—. Le rogamos disculpe las molestias, doctor.

—Espere un momento —pidió Clara—. Doctor, ¿qué clase de investigaciones realiza usted? ¿Es cierto que puede ponerse en contacto con el diablo? ¿Es verdad, como se dice por ahí, que ha hecho un pacto con él, a fin de conservar la eterna juventud?

Kalsthom soltó una atronadora carcajada, tan fuerte, que hizo vibrar los cristales de la ventana. Al cabo de unos segundos, calmada su hilaridad contestó:

—Las gentes de este lugar tienen una fantasía disparatada, desbocada diría yo. No, ni he hecho un pacto con el diablo, ni converso con él..., ni soy el doctor Kalsthom, que conserva su mismo aspecto, después de veinticinco años. Nunca he querido desmentir tales infundios, porque no me he preocupado de ellos, pero creo que ya es hora de que alguien sepa la verdad, alguien con quien se puede conversar con toda confianza. El parecido fisonómico es extraordinario, por eso todos me confunden con mi padre.

Thordill se quedó con la boca abierta.

—Usted es hijo...

—Sí, de Jan Justus Kalsthom.

De nuevo sobrevino una pausa de silencio.

—Pero ¿qué le pasó a su padre hace veinticinco años? —preguntó Clara súbitamente—

. Porque he oído contar una leyenda estremecedora...

—Mi padre sí quería, como se dice ahora, contactar con el diablo —respondió Kalsthom—. Parece ser que, en determinadas condiciones y según la clase de persona que realiza el experimento, eso se puedo conseguir. Algo sucedió, en efecto, aunque no lo sé a ciencia cierta, porque mi padre quedó tan horripilado del resultado de sus experimentos, que enloqueció y murió al

cabo de no mucho tiempo. Por supuesto, aquella noche, el horror le hizo escapar a campo traviesa... y ya no volvió aquí.

—Usted, sin embargo, si ha vuelto —dijo Clara.

—Yo necesitaba la soledad y la tranquilidad para mis investigaciones, que no son estrictamente científicas..., no son de la clase que ustedes se imaginan, como en las películas, un gran laboratorio lleno de extraños aparatos, con enormes chispas eléctricas y matraces llenos de líquidos de varios colores que hierven y burbujean constantemente... No, mis investigaciones son de signo muy distinto.

—¿Podemos saber cuál es el tema que atrae su atención, doctor? —preguntó Thordill.

—Por supuesto. Se trata de un par de libros antiquísimos, todavía manuscritos, 3ra que se redactaron cuando aún no se había inventado la imprenta. Sé que el autor los escribió en latín, aunque cifrados bajo un código particular que todavía no he conseguido descifrar. Y es posible que esa investigación me lleve todavía muchos meses, años incluso.

—El tema de esos libros debe ser fascinante —supuso el joven.

—Lo es. Son libros sobre alquimia..., y, créanme, los alquimistas medievales no eran magos, sino hombres que conocían la física y la química mejor que muchos de los científicos actuales. Algunos de ellos, incluso, encontraron fórmulas magistrales, cuyos efectos se conocen, pero cuya composición se ha perdido con el paso de los tiempos. Medicinas capaces de curar las peores enfermedades, fórmulas matemáticas que resolverían muchos problemas actuales de física y astronomía...

—Y también la fórmula para transmutar el plomo en oro.

—¿Por qué no? —Sonrió Kalsthom—. En este aspecto, conviene ser menos incrédulo de lo que se es habitualmente. En fin, lo que interesa es que tenía dos ayudantes y que ambas se despidieron. Ello retrasará, pero no impedirá mi labor.

—Lo cual significa que no va a contratar otra ayudante.

—Probablemente, no.

—Doctor, gracias por su amabilidad —dijo Thordill—. Ya hemos abusado de usted y le rogamos nos disculpe.

—Por favor, he tenido un gran placer en disipar sus dudas, aunque lamente personalmente no poder darles el menor dato sobre sus amigas. Vuelvan cuando gusten y... ¿No desean tomar otra copa?

—No, gracias —contestó Clara, que se sentía muy incómoda y deseaba salir cuanto antes de la casa—. Le digo lo mismo que el señor Thordill: dispense las molestias.

Kalsthom ya no dijo nada, limitándose a sonreír como un doble Vincent Price. Unos segundos más tarde, Clara, en el exterior, respiraba a pleno pulmón.

—Ese ambiente empezaba a sofocarme —dijo—. Roger, ¿cree usted todo lo que nos ha dicho Kalsthom?

—No puedo darle todavía una respuesta —murmuró él, mientras abría la portezuela del coche—. Tengo que reflexionar mucho sobre lo que acabo de escuchar..., aunque sí puedo adelantarle una cosa.

—¿Qué es, Roger?

—Si Meg se hubiese marchado de Langdon House, habría venido inmediatamente a verme. Y no ha ocurrido así.

—Luego teme lo peor.

—Sí.

CAPITULO VII

De pronto, cuando el coche había recorrido apenas cien metros en su camino de vuelta al pueblo, Clara lanzó un grito:

—¡Ya lo tengo! Thordill se sobresaltó;

—¿Qué es lo que tiene usted? —preguntó.

—El lugar donde están Meg y Raquel. Ya sé dónde están..., pero, desgraciadamente, no vivas.

—¿Cómo dice?

—Lo que oye. '¿Recuerda el vino rojo, que usted calificó de amontillado?

—Bueno, dije que podía ser amontillado, pero, en realidad, ni por el olor ni por la graduación alcohólica lo es. Si, el sabor se parece mucho, aunque no entiendo qué tiene esto que ver...

—Roger, no me decepcione usted diciéndome que no ha leído a Edgar Allan Poe.

—¡El tonel de amontillado! —exclamó él.

—Justamente. Recuerde el relato, los dos catadores, Montresor y Fortunato..., y la invitación del primero al segundo para que pruebe el vino de un tonel de amontillado que tiene en su bodega... y que acaba con Fortunato encadenado a un nicho y emparedado después.

Sí, Thordill recordaba aquel estremecedor cuento. Pero al pensar en ello, sintió un escalofrío que le recorrió toda la espalda.

—Oh, no, no, sería demasiado horrible... Meg y Raquel, encadenadas primero a un muro y luego emparedadas, para que mueran de hambre y sed...

—Ese hombre lo ha hecho, estoy segura —declaró ella con gran vehemencia—. ¿Por qué ha tenido que mencionar al amontillado?

—Sueno, es una simple coincidencia. No tenemos ninguna prueba de que haya asesinado a nuestras amigas. Ni siquiera existe la menor base sobre la que apoyar una denuncia a la policía. Realmente, si las asesinó, es hombre lo suficientemente listo como para haber hecho desaparecer los cadáveres sin que nadie encuentre Jamás su rastro.

—Quedan las ropas, los efectos personales...

—Hay chimeneas en la casa —dijo él significativamente.

—Al menos, Meg tenía coche. Era una chica de situación económica muy boyante, creo.

—Sí. Pero también hay sitios en la comarca donde se puede hacer desaparecer un coche eternamente.

—«Roger, diríase que no le preocupa la suerte de su amiga y tal vez futura esposa — dijo ella, picada.

—Clara, Meg me preocupa más de lo que usted piensa, pero soy lo suficientemente sensato para no hacer algo que luego pueda volverse contra mí. Si yo denuncio a Kalsthom como asesino y resulta que no se puede probar, y eso es seguro, entonces puede plantearme una demanda por daños y

perjuicios, que me arruinará para el resto de mis días.

—Ah, entonces, usted considera más importante su reputación que la suerte que haya podido correr Meg.

—Clara, por favor, no simplifique tanto las cosas. No son tan sencillas como parece a primera vista. ¿O es que usted cree que, sólo por una simple sospecha, voy a conseguir que un batallón de detectives ponga la casa patas abajo para encontrar los cuerpos de Meg y Raquel? En este caso, se lo aconsejo muy sinceramente, lo mejor es tener paciencia. Si Kalsthom es el asesino, descuide, tarde o temprano cometerá el desliz que acabará llevándolo ante un Juez y un jurado.

Ella se hundió en el asiento.

—Me parece que tiene razón —dijo con voz opaca—. No podemos hacer otra cosa que esperar...

—Y comprar una linterna, cosa que no he traído en el coche —sonrió Thordill.

—¿Por qué?

—¿Se atrevería, a la noche, a hacer una incursión en Langdon House? Clara dudó un instante.

—¿Piensa ir usted? —preguntó al cabo.

—Sí. Pero iré después de la medianoche.

—De acuerdo, le acompañaré.

Ya habían entrado en el pueblo. De pronto, Clara señaló con la mano el rótulo de una tienda.

—Ahí puede comprar la linterna, Roger —indicó. Thordill frenó, se apeó y miró a la muchacha.

—También se puede solicitar información de otra cosa —dijo.

—¿Cuál, Roger?

—353 domicilio de Abigail Torrance.

* * *

La casa de la señora Torrance estaba en el lado opuesto del pueblo y tuvieron que ir en el coche, ya que había una distancia cercana al kilómetro. En aquella parte, las casas estaban muy separadas entre sí, distanciándose gradualmente, hasta que sólo quedaba el campo abierto. Thordill hizo que el cocho rodase a marcha lenta, hasta ver un poste, con el buzón de correos y el nombre de su dueña en la cara exterior.

—Aquí es—dijo.

Clara abrió la portezuela de su lado y contempló la casa en que vivía la antigua sirvienta del doctor Kalsthom.

—No es muy elegante —comentó.

—La señora Torrance no es precisamente una millonaria —respondió él—. Cuando, a los sesenta años, se tiene que trabajar todavía en faenas de limpieza casera, y eso no todos los días, el resultado económico dista mucho de ser

satisfactorio.

—Sí, es verdad —reconoció la muchacha humildemente.

Thordill abrió la puerta de la pequeña valla de madera que contorneaba un Jardín, no muy bien cuidado, y avanzó hacia la puerta de la casa, que acusaba visiblemente el paso de los años.

—Ella es viuda, pero la pensión que le dejó su esposo es insuficiente. Por eso tiene que trabajar —explicó.

—Pero resulta curioso que Kalsthom no la haya contratado ahora —dijo la chica.

—Recuerde, es el hijo del que empleó a la señora Torrance. Si lo sabía, puede que no se haya sentido obligado.

—Sí, es cierto. Ande, llame.

Thordill tocó con los nudillos en la puerta, pero no recibió contestación alguna. Insistió y, en vista del silencio, se volvió hacia Clara.

—No debe estar en casa —dijo.

—Pero a usted le han asegurado en la tienda que a estas horas siempre está en su casa —alegó Clara.

—De acuerdo, vamos a ver...

Thordill hizo girar el picaporte, empujó la puerta y asomó la cabeza por el hueco.

—¡Señora Torrance!

Su voz se perdió en la casa silenciosa.

Intrigado, avanzó unos pasos. Había una puerta entornada y la abrió.

—Está dormida —dijo Clara por encima de su hombro.

En la cama de aquel dormitorio se veía a una mujer, con el pelo casi blanco y los ojos cerrados. No obstante, tenía la boca abierta de un modo que resultaba grotesco.

Thordill empezó a pensar que la señora Torrance se había emborrachado, cosa nada rara en una mujer solitaria y sin afectos. La cabeza de Abigail estaba cerca del extremo de la almohada, ligeramente inclinada a un lado.

De pronto, notó algo extraño en la cama.

Abigail dormía con el embozo hasta la barbilla. Se acercó a la cama y tocó el lugar donde debía estar el hombro, pero no encontró lo que esperaba.

Un intenso escalofrío le heló la espalda. Súbitamente, la cabeza de la mujer rodó a un lado y cayó fuera de la cama, rebotando varias veces en el suelo con lúgubres ruidos de cosa hueca. _

Ciara empezó a chillar histéricamente. Thordill sintió unas náuseas terribles, pero logró dominarse y avanzó de nuevo hacia la cama. Agarró las mantas con una mano y tiró hacia abajo.

Era algo horrible, indescriptible, ¡El cuerpo de Abigail Torrance había desaparecido por completo!

Lo único que quedaba de la antigua sirvienta del doctor Kalsthom era su cabeza, que yacía en el suelo y que, por una siniestra ironía, había quedado apoyada en el suelo y daba la sensación de tener escondido el resto del cuerpo

bajo el pavimento de tablas.

Clara abandonó el dormitorio a trompicones, ciega de horror, incapaz de expresar sus sentimientos. De repente, sintió que una enorme náusea acometía su estómago y tuvo que inclinarse en ángulo recto en el exterior de la casa.

Thordill la sostuvo por la cintura. Clara estaba a punto de desmayarse.

—Calma, calma... Tome, límpiese los labios —dijo, a la vez que le ofrecía su pañuelo. Al cabo de unos momentos, Clara apoyó su cabeza en el hombro del joven.

—Me voy a morir —gimió.

—No exagere. Ha sido una impresión terrible, pero... ya se le pasará.

—Nunca podré olvidar una impresión tan espantosa. Pero... ¿dónde está el cuerpo de esa pobre mujer?

Los ojos de Thordill se dirigieron hacia la casa de la colina, visible por encima del pueblo.

—Más que conocer el paradero de ese Cuerpo, interesaría saber por qué han asesinado a la señora Torrance —contestó.

* * *

En Marnell Field se produjo una terrible conmoción.

El alguacil, desbordado por los acontecimientos, tuvo que pedir ayuda a la policía estatal. Una docena de detectives y agentes de uniforme llegaron e investigaron por todas partes, incluso Langdon House. Los periodistas también hicieron su aparición y durante días enteros hicieron preguntas a todo el mundo.

La casa de la colina fue igualmente registrada a fondo, pero no se encontró el menor rastro de las muchachas desaparecidas. Kalsthom insistió en que se habían despedido. Hubo agentes que osaron descender al fondo del pozo, pero estaba lleno de pedruscos caídos y maleza, y no se advertía allí la menor señal de una tumba recién excavada.

La animación decayó finalmente y las pesquisas fueron suspendidas. Poco a poco, Marnell Field recobró su fisonomía habitual, aunque los comentarios eran todavía muy numerosos entre sus habitantes.

El sábado por la tarde, Thordill dijo a la muchacha que no había desistido de visitar Langdon House a la medianoche.

—Es más, pienso bajar al pozo —añadió.

Ella le miró como si estuviese contemplando a un demente.

—Lo siento, pero yo no puedo acompañarle —dijo.

—No se me ocurriría pedírselo siquiera, Clara.

—Gracias, aunque, dígame, ¿cómo piensa bajar al pozo?

—Ya tengo una escala de cuerda...

El golpe de unos nudillos en la puerta le interrumpió súbitamente. Estaban conversando en el cuarto en que se alojaba la muchacha y ambos volvieron la cabeza a un tiempo.

—Abriré yo —dijo Thordill.

Cruzó la estancia y abrió. La figura de Kalsthom se recortó inmediatamente en el umbral.

Clara casi gritó de susto. Thordill frunció el ceño.

—¿Doctor?

Kalsthom les miró en silencio durante unos segundos, con el rostro contraído y los ojos brillantes por un sentimiento muy parecido a la ira.

—Deseo hablar con ustedes dos, aunque les advierto de antemano que seré muy breve

—dijo al cabo.

—Está bien, pase usted, doctor.

Kalsthom entró. Thordill cerró la puerta y dijo:

—Siento no poder invitarle a una copa de amontillado, señor Montresor... Oh, perdone, doctor Kalsthom.

El visitante sonrió, burlón.

—Ah, han leído a Edgar Allan Poe —exclamó—. Bien, siento decirles que, entre mis aficiones, no figura la de emparedar a la gente. Meg Brell y Raquel Keegan se marcharon, insisto de nuevo, y yo no tuve nada que ver con el asesinato de la señora Torrance. ¿Está claro?

—Si usted lo dice...

—Siguen dudando de mí y sus dudas me han ocasionado una cantidad de molestias inimaginables, cosa que no estoy dispuesto a tolerar de nuevo. Por extrañas que parezcan, mis actividades e investigaciones son perfectamente legítimas y, si vuelven a molestarme, les presentaré una demanda judicial, que les hará acordarse de mí mientras vivan.

—De eso puede estar seguro —exclamó la muchacha vehementemente—. Nunca le olvidaremos y, aunque usted sostenga todo lo contrario, estamos persuadidos de que mató a dos muchachas y a una anciana. No sabemos qué habrá hecho con los cuerpos..., pero le prometo que algún día se conocerá la verdad y tendrá que pagar por sus crímenes.

Kalsthom sonrió burlonamente.

—Márchense —dijo—. Podría aplastarlos con la uña del pulgar, como vulgares piojos, pero les perdono la vida. Váyanse y no vuelvan más por aquí, y sobre todo usted, señorita Chase, hasta que haya concluido el contrato.

—¿Conmigo o con el diablo? —preguntó Clara audazmente.

El rostro de Kalsthom se transformó de repente en algo indescriptible, deformado por una mueca horrorosa. Thordill llegó a temer un ataque físico por parte del sujeto, tremendamente robusto por otra parte, y se dispuso a rechazar cualquier agresión. Pero, por fortuna, Kalsthom logró dominarse.

—Ya he dicho cuanto tenía que decir —se despidió con brusquedad.

—Ese hombre me da miedo —dijo Clara, al quedarse solos—. Roger, por favor, no vaya al pozo... Podría ocurrirle algo serio...

Thordill hizo un gesto con la cabeza.

—Pase lo que pase, iré —dijo firmemente.

CAPITULO VIII

En la casa había una sola ventana con luz, de tonos cambiantes, aunque predominaban los amarillos intensos y los verdes. De vez en cuando, Thordill veía elevarse una voluta de humo multicolor, como compuesto por cintas de gasa de diferentes tonos cromáticos. Se preguntó a que demoníacas manipulaciones estaría entregándose aquel extraño individuo.

Pasada la medianoche, la luz se apagó. Por precaución, Thordill aguardó todavía media hora. Luego, cautelosamente, se acercó al pozo y enfocó la linterna hacia el fondo.

Un pestilente hedor subía desde aquel lugar, que le pareció habitado solamente por insectos. Durante unos segundos, dudó de la sensatez de su proyecto, pero al fin, decidiéndose, agarró la escala de cuerda y empezó a descolgarla poco a poco, a fin de no hacer ruido con los peldaños metálicos, de ligero tubo de aluminio.

En la parte superior, la escala estaba provista de dos ganchos, que sujetó al brocal. Una vez realizada la operación, pasó las dos piernas sucesivamente por el pequeño muro de piedra e inició el descenso.

De vez en cuando, se detenía y, con la lámpara, que pendía de su cuello, alumbraba para examinar las pare des del pozo. Aún recordaba aquella estremecedora voz que había oído junto a Lorna Pealy.

¿Había alguien encerrado en algún lugar secreto del pozo? ¿O había sido una ilusión suya?

Unos minutos más tarde, puso el pie en el fondo. Descolgó la linterna y empezó a recorrer la base del muro circular, palmo a palmo, examinando las junturas con toda atención. No, allí no había nadie, se dijo, completamente desanimado, casi una hora más tarde.

Cuando ya se disponía a abandonar la tarea, creyó ver algo que no parecía normal.

Algo brillaba muy tenuemente en aquel sector del muro. Movió la lámpara alternativamente de derecha a izquierda. Sí, parecía una raya fosforescente, que delimitase una puerta secreta y, según incidiesen los rayos de luz, la fosforescencia aparecía y desaparecía.

Tanteó el muro con la mano libre, pero no sucedió nada. Tendría que volver otro día con herramientas adecuadas. Pero haría ruido, pensó. ¿Cómo evitar ser sorprendido por Kalsthom?

Tal vez había una solución..., aunque prefirió dejarlo para más adelante. Aquella puerta secreta ocultaba, sin duda, alguna galería o subterráneo que conducía a algún lugar desconocido.

¿Al infierno?

Los habitantes de Marnell Field llamaban al pozo la Boca del Infierno.

—Tal vez el diablo entra y sale por aquí —murmuró, sonriendo. Y, casi maquinalmente, hizo la señal de la cruz sobre su frente.

Entonces se oyó un sordo rugido, que provenía de las profundidades de la galería secreta. Al otro lado del muro, algo se movió, una cosa que no se podría describir con palabras. Los ruidos, sin embargo, no eran de excesivo volumen sonoro.

Pero habían quebrantado el silencio de la noche y Thordill temió que Kalsthom pudiera despertarse. Kalsthom, se dijo, era hombre capaz de cualquier cosa..., incluso de arrojarle un pedrusco a la cabeza desde el brocal. Y eran más de cuarenta metros de caída, lo que permitía adivinar fácilmente los resultados del impacto.

Ya no quiso detenerse más. Volvería otro día, con más tiempo, y materiales adecuados... y, además, inutilizaría a Kalsthom el tiempo suficiente para trabajar sin temor a ser molestado.

Trepó rápidamente por la escala, que recogió sin pérdida de tiempo. Antes de emprender la retirada, lanzó una mirada hacia la casa.

Las luces seguían apagadas. Tranquilizado, echó a andar hacia el pueblo. Un cuarto de hora más tarde, estaba en su habitación.

* * *

—De modo que hay algo en el pozo —dijo Clara, a la mañana siguiente, cuando ya abandonaban el pueblo.

—Sí.

—Son ellas, emparedadas...

—No diga tonterías. Si Kalsthom hizo eso, ya han muerto de sobra.

—¿Y no se va a descubrir jamás ese doble crimen?

—Yo diría triple, Clara.

—Ah, añade a la cuenta a la señora Torrance.

—Sí. Seguramente, la mató él también.

—No me explico entonces por qué dejó la cabeza y se llevó solamente el cuerpo. Debería haberla ocultado, ¿no cree?

—A veces, los asesinos, sobre todo los que obran impulsados por motivos extraños, se comportan de un modo irregular, completamente anormal. Lo que han hecho lógicamente en una ocasión, no lo repiten en otra... No podremos saber por qué Kalsthom se dejó la cabeza de Abigail, llevándose solamente el cuerpo... hasta que hablemos con él, suponiendo que lo consigamos, y suponiendo que, previamente, haya admitido ser el autor de esos crímenes.

—Entonces, ¿permitiremos que queden impunes? Thordill hizo un gesto de duda.

—Va a resultar muy difícil probarlo —contestó,

—Quizá con lo que hay en el pozo... ¿Vio algo, Roger?

—Me pareció una puerta secreta, pero si lo es, tengo que abrirla con algo más que las manos.

—¿Algún animal?

—No lo sé. Quizá lo tome a risa..., pero cuando me percaté de que allí

había algo que podía ser una puerta secreta, fíjese que digo «podía ser», no que lo fuera... Bien, entonces se me ocurrió la idea de que era la puerta del infierno y me santigüé. Usted lo tomará a risa, pero entonces fue cuando escuché irnos ruidos tenebrosos y una ligera trepidación en el suelo. Pero ya no quise escuchar más, porque temía que Kalsthom pudiera despertarse, y sorprenderme allí, cosa que no me hacía ninguna gracia.

—Habría sido capaz de asesinarlo, Roger.

—Por eso escape más que aprisa —contestó él.

—¿Roger, una cosa es cierta. Aunque resulte fantástico en esta ¿época, de algún modo, Kalsthom tiene contactos con el diablo. Mi amiga, la doctora Leonard, podrá solucionar nuestras dudas.

—¿Lo cree así?

—Ya le he escrito y no tardará muchos días en visitarme —respondió la muchacha.

* * *

Cuando llamaron a la puerta, Thordill acababa de redactar el borrador de un documento que su secretaria pasaría a limpio al día siguiente, a fin de llevarlo al juzgado aquella mañana. Dejó los papeles a un lado, se levantó y cruzó la sala para salir.

—Hola —dijo la mujer que estaba en el umbral—. ¿Habló con Roger Thordill?

Durante unos segundos, Thordill permaneció inmóvil, perdida la capacidad de respuesta. Aquella mujer, que no tendría más de treinta y cinco años, era altísima, casi un metro noventa, y poseía un busto realmente excepcional, con unos senos tan opulentos como jamás había tenido ocasión de contemplar. Sin embargo, era bastante esbelta y tenía un rostro atractivo, más por la simpatía que emanaba de su expresión, que por la belleza en sí.

—Sí, soy Roger Thordill —dijo al cabo.

—Me alegro de conocerle —exclamó la mujer, a la vez que le tendía la mano—. Soy la doctora Leonard. ¿Qué tal, Roger?

Thordill soportó estoicamente las sacudidas que ella le propinaba con su robusta mano. En la otra, apreció, llevaba un maletín de viaje.

—¿Bueno, ¿no me dice nada? —exclamó Georgina alegremente—. ¿No me invita a pasar?

—Oh, sí, dispénseme, doctora...

—Llámeme Georgina, simplemente —pidió ella, una vez en el interior del apartamento—. Ah, pero no me trates de usted... Soy muy sencilla, ¿sabes? Tienes una casa muy bonita, Roger. Ese escritorio, tan antiguo, es una maravilla...

Thordill tosió un par de veces.

—Dispensa, Georgina, pero no te he ofrecido de beber... ¿Qué te apetece?

—Deja, yo misma me prepararé la bebida. Si no te importa, claro.

—Estás en tu casa —contestó él.

Aquella exuberante mujer se fue hacia el bar y empezó a manipular con las botellas. Thordill se preguntó de dónde habría sacado Clara que Georgina era nada menos que doctora en Demonología. «Debe ser una humorista excepcional», pensó.

Ella se le acercó a poco, con dos copas en la mano.

—Prueba —sonrió.

Thordill tomó un sorbo. Inmediatamente, empezó a toser con gran violencia y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Pero qué diablos es esto...? —exclamó, entre tos y tos. Georgina soltó una tremenda carcajada.

—Jugo de cola de demonio —contestó. Y despachó su copa de un solo trago, añadiendo a continuación, tras un par de apreciativos chasquidos de lengua—: Me ha salido un poco flojo hoy, pero no temas, el siguiente...

—El siguiente trago será de agua con bicarbonato, para mí. Georgina, yo no tengo el estómago forrado de lata.

—Bueno, entonces, no insistiré. —Ella puso sus manos en las caderas—. Clara me ha contado vuestros problemas. Pero hoy no podré venir, lo cual, en cierto modo, va a resultar mejor. Creo que tiene una cena de negocios... Esa chica llegará muy alto, créeme. Antes de cinco años, ya será asociada en esos grandes almacenes...

—Sí, es muy inteligente y avispada —convino Thordill—. Pero ¿por qué es mejor que no haya venido?

Georgina le guiñó un ojo.

—No tardarás en saberlo —dijo—. Anda, cuéntame todo, desde el principio.

Thordill empezó a hablar. Cuando terminó, ella se quedó pensativa durante un buen rato.

Georgina calló durante casi diez minutos y Thordill respetó escrupulosamente sus meditaciones. Al fin, Georgina alzó la cabeza.

—Creo haber encontrado la solución, al menos en parte.

—¿De veras?

—Sí, aunque necesitaría hacer un conjuro... ¿Te importa que lo haga aquí, en tu casa? Thordill pegó un bote en su sillón.

—¿Quieres decir... que vas a invocar al demonio?

—¡No exactamente. Sólo voy a intentar ver, con los ojos de la mente, lo que sucede en Langdon House.

Thordill se pasó una mano por la cara. «Loca, está loca de remate», pensó amargamente.

—No temas —dijo ella—. No sucederá nada ni haré cosa alguna que pueda dañarte.

¿Me permites?

Antes de que Thordill pudiera formular la menor objeción, Georgina se inclinó y empezó a apartar la alfombra que cubría el suelo de grandes

baldosas blancas y negras. Estaba de espaldas a Thordill y éste se sintió pasmado al contemplar aquel fascinante panorama. Georgina era una mujer en todos los sentidos, pese a su estatura. La falda, más corta de lo habitual, le permitió contemplar un atractivo espectáculo de ropa interior negra, con portaligas y medias del mismo color, terriblemente sugestivo.

Al cabo de unos instantes, se incorporó, giró en redondo y miró sonriendo a Thordill.

—Habrá tiempo para todo —le guiñó un ojo.

Acto seguido, abrió su bolso y sacó lo que parecía un antiguo cuerno para la pólvora.

—Buey legítimo, sacrificado en un plenilunio —dijo.

La mandíbula de Thordill se bajó de golpe. Ella destapó el cuerno y empezó a verter su pulverulento contenido por el suelo, trazando un círculo de metro y medio de diámetro. Al terminar, sacó del maletín un gran rotulador verde y dibujó una estrella de seis puntas.

—«El sello de Salomón —anunció.

Luego entregó al joven una caja de fósforos, con la cabeza de color también verde.

—Cuando yo te lo diga, enciendo uno y arrima la llama al polvo del círculo —indicó—.

No temas, no quedará señal en el suelo.

—E... está bien...

«Voy a asistir a una sesión de brujería», pensó él a continuación. Y, de súbito, sin previo aviso, Georgina empezó a quitarse la ropa.

* * *

Cuando estuvo completamente desnuda, ella le miró, guiñándole un ojo nuevamente.

—Como ves, es mejor que Clara no esté aquí —dijo.

Thordill tenía la boca estúpidamente abierta. Georgina era una mujer realmente muy hermosa, tremendamente sensual, pero en aquellos momentos no sentía la menor excitación. El asombro era la única sensación que dominaba a su ánimo.

—No te olvides del fósforo —recomendó ella, a la vez que alzaba los brazos.

Thordill hizo una mueca al ver las velludas axilas de Georgina. Pero ella había cerrado ya los ojos c iniciado una monótona melopea, acaso una invocación ritual a los espíritus malignos. Al mismo tiempo, se movía lentamente, con leves oscilaciones de sus rotundas caderas, lo que provocaba también análogos movimientos en sus grandes pechos. Con las manos enlazadas por encima de la cabeza, continuó aquella extraña danza, girando muy despacio en tomo a sí misma, sin salirse de la estrella de seis puntas, rodeada de la circunferencia de color negro.

La danza y el cántico prosiguieron durante unos minutos. El cuerpo de Georgina empezó a cubrirse de brillante transpiración. Thordill contemplaba la escena presa de una morbosa fascinación, respirando apenas lo justo para no interrumpir la danza de la joven.

De súbito, ella lanzó un penetrante grito:

—¡El fuego! ¡El fuego!

Thordill rascó la cabeza del fósforo y luego acercó la llama al círculo de polvo negro, que se inflamó instantáneamente, con una llamarada anaranjada, que despedía un extraño humo del mismo color, al mismo tiempo que se percibía en la estancia un olor dulzón, atractivo y repelente a la vez.

En la estrella de seis puntas se produjeron una serie de rapidísimos chispazos, que consumieron en unos instantes la pintura verde. Entonces, presa de una singular agitación, Georgina aceleró el ritmo de su danza, girando cada vez a mayor velocidad, hasta que todo su cuerpo no fue sino una mancha blanca, en la que apenas se podían ver detalles de sus relieves. El pelo negro y frondoso se soltó de pronto y se agitó casi horizontalmente, como la bandera de un pirata. La melopea se transformó en un agudo chillido, con escasas variaciones tonales, como la música de un disco que girase a un número de revoluciones superior al programado. Y, de súbito, Georgina calló y dejó de dar vueltas y, tras un par de pasos vacilantes, rodó por el suelo, completamente exhausta y casi sin conocimiento.

CAPITULO IX

Georgina abrió los ojos pasado un buen rato. Estaba sentada en el diván, cubierto el cuerpo exuberante con una manta. Thordill le tendía una taza de café humeante.

—He añadido unas gotas de brandy —dijo, sonriendo—. Creo que te sentarán bien. Ella sacó un brazo fuera de la manta y tomó la taza.

—Gracias —contestó—. Dime —preguntó entre sorbo y sorbo—, ¿qué te ha parecido?

—¿Quieres la verdad?

—Sí, te lo agradeceré.

—Bien, como no he entendido nada..., no puedo decir sino que he visto a una hermosa mujer, desnuda, bailando y cantando algo incomprensible para mí.

Georgina apuró la taza y se la devolvió al joven.

—Tenía que hacerlo —manifestó—. Es un conjuro doble.

—¿Cómo?

—Primero, he de averiguar con los ojos de la mente lo que sucede realmente en Langdon House. Segundo, he de protegerme a mí misma contra posibles riesgos cuando vaya allí.

—Ah, piensas ir...

—Ciertamente. El caso me ha atraído muchísimo. Puedes estar seguro de que se trata de algo extraordinario, como no he visto jamás.

Thordill emitió una risita de conejo.

—Hombre, cualquiera diría que hablas con el demonio a diario, como yo hablo a diario con mi secretaría o con los amigos...

—Tanto como eso, no, pero es que la mayoría de los casos en que he intervenido resultaban ser falsos: alucinaciones debido a la histeria, drogas en exceso, secuelas de ataques de epilepsia. Pero éste es un caso auténtico, en el que el diablo interviene auténticamente.

—¿Quieres decir que Kalsthom tiene tratos con el diablo? —parpadeó el joven.

—Sí —respondió ella con ojos muy brillantes—. Y esta vez, voy a enfrentarme yo directamente con el Maligno, para sacarlo no de dentro del cuerpo de ese hombre, sino de su mente.

—¿Lo... lo vas a exorcizar? Yo creí que eso era cosa de sacerdotes...

—No será un exorcismo en el sentido clásico de la palabra..., pero es que resultaría terriblemente difícil explicártelo. Mejor será que trates únicamente de conocer los resultados, sin profundizar en su significación.

—Si tú lo dices —contestó Thordill, socarrón—. Pero ¿puedes al menos explicarme lo que has estado haciendo? ¿Qué significan el círculo negro y la estrella verde?

—La estrella es el sello de Salomón, quien, como tú sabes, dominaba a los

espíritus y les hacía obedecer sus mandatos. El círculo era la barrera con la que yo me protegía del diablo, a fin de evitar que éste me atacase mientras yo pronunciaba la canción ritual del conjuro.

—Y... ¿qué le has dicho?

—No seas tonto, no le he dicho nada, pero él me ha oído y se ha dado cuenta de que estaba bien protegida. Por eso no me ha atacado.

—Ah, ya comprendo. Bien, supongamos que no hubieras estado protegida. ¿Qué te podía haber sucedido?

—El diablo me habría destrozado, aplastado, triturado, convertido en una masa informe, como si me hubiera caído encima una montaña —contestó Georgina, muy seria.

—¡Caramba! No sabía que en los conjuros al diablo se corriesen tales peligros. Ella le dirigió una mirada llena de irritación.

—Eres un tipo escéptico y burlón —exclamó, acusadora—. No me crees, ¿verdad?

—Mujer, soy un producto de esta época... Hoy día no se acostumbra a creer en lo sobrenatural, lo cual no significa que lo niegue... Pero tú debieras también comprenderme a mí y procurar apreciar de este modo mis puntos de vista.

—No importa, de todos modos, te estoy muy agradecida. Otro no me habría dejado siquiera realizar el conjuro y me habría echado a puntapiés de su casa. Tú, en cambio, has soportado lo que crees una comedia destinada a engañar a los incautos, y eso Siempre es de agradecer, puntos de vista aparte.

—Bueno, yo soy un hombre cortés y no acostumbro a echar a nadie de mi casa a puntapiés, sobre todo, cuando se trata de una mujer joven y muy atractiva. Pero, antes, me parece recordar, dijiste que lo que hablas hecho tenía una doble finalidad. Me has explicado también parte de lo que significa el conjuro, pero ¿qué quiere decir el resto?

—He intentado penetrar a través de la distancia en Langdon House y sólo he llegado a saber que, efectivamente, allí está el diablo..., aunque, sin embargo, no he llegado a conocer el lugar exacto. Hay una especie de neblina muy espesa, que me impide la visión de un modo casi completo. Por eso no puedo decirte el lugar exacto donde se encuentra el Maligno.

—Antes dijiste que en la mente de Kalsthom...

—En la mente de Kalsthom está la mente del diablo, pero éste tiene también figura corporal y se halla en algún lugar de la casa. Kalsthom domina al diablo y el diablo domina a Kalsthom. Son dos fuerzas poderosísimas, pero contrapuestas, que se anulan recíprocamente, sin que ninguno de los dos pueda vencer en la batalla que han entablado hace muchísimos años.

—No había oído nunca nada parecido —confesó él—. Me siento estupefacto...

—Lo mismo les pasa a todos los que me oyen hablar sobre el tema —dijo Georgina, sonriendo brillantemente—, Pero eso no me preocupa. Yo hago las cosas lo mejor que puedo, y eso tranquiliza mi conciencia. Lo mismo te

sucede a ti en tu trabajo, supongo.

—Oh, sí, claro —contestó él con rapidez—. Pero, de tus palabras, debo deducir que piensas ir a Langdon House.

—Es un viaje que no me perdería por nada del mundo. Va a ser un combate emocionante..., y, créeme, lo ganaré.

Thordill procuró evitar comentarios hirientes que molestasen a la doctora Leonard. Un tanto embarazado, le preguntó si quería beber algo más.

—No, gracias, no me apetece. Oye, ¿tienes habitación para los huéspedes? El joven respingó. Ella notó su sorpresa y sonrió.

—Bueno —añadió—, he llegado a la ciudad y, salvo hablar por teléfono con Clara, no he hecho otra cosa más que venir a tu casa. Ella me dio las señas y..., por el momento, no tengo alojamiento. Aunque si te molesta, me iré a buscar un hotel...

—Oh, por favor, quédate en mi casa, no faltaría más. ¿Has cenado?

—Si me invitas siquiera a un bocadillo...

—Iré a preparar la cena —dijo él, a la vez que se ponía en pie.

Georgina fue al cuarto de baño. Mientras trasteaba en la cocina, Thordill se preguntó si todo lo que estaba sucediendo no era alguna fantasía y disparatada, que luego se resolvería en una solución ridícula y nada conveniente para su reputación. Pero, de pronto, recordó a Meg y presintió que su antigua amiga había muerto..., tal vez de la misma horrible forma que la señora Torrance. Y si el castigo del culpable llegaba por medio de la acción de la estrambótica doctora en Demonología, tanto mejor.

—Estrambótica..., pero guapa de veras —sonrió.

Georgina llegó a poco, cubierto el cuerpo opulento por una bata del dueño de la casa.

—Estoy muerta de hambre —exclamó alegremente. Miró a Thordill y le guiñó un ojo—.

Eres soltero, creo.

—Sí.

—Pero, algunas veces, habrás tenido una aventurilla...

—Hombre, algunas veces... Ella se echó a reír.

—Soy muy comprensiva —dijo.

Después de la cena, Georgina manifestó que se sentía muy cansada. Thordill dijo que ocupara su cama.

—Y tú dormirás en el diván...

—No me moriré, por una noche —contestó él—. Anda, descansa y no te preocupes de más.

Georgina se levantó, pero, entonces, Thordill recordó algo.

—Ya conoces el dato de las cartas que ardieron —dijo—, ¿Qué opinas al respecto?

—Eso es cosa de Kalsthom, aunque, sin duda, preparó mal la fórmula química y ésta reaccionó con retraso.

—No tanto que Clara no advirtiese la falsedad de la firma —alegó el joven.

—Pero, como es quemó la carta, no habéis podido llevarla a la policía y, a fin de cuentas, el resultado ha sido favorable a Kalsthom.

—Sí, creo que tienes razón. ¿Te marcharás mañana?

—Por la mañana, después del desayuno. Buenas noches, Roger.

—Buenas noches, Georgina.

A la madrugada, Thordill creyó oír ciertos nudos en su dormitorio y abandonó el diván. Abrió la puerta, encontrándose con Georgina, sentada en la cama, con su maletín sobre las rodillas y encima del mismo un papel, en el que escribía algo.

—¿Qué haces? —preguntó, extrañado.

Ella no contestó de momento. Dobló la cuartilla, la introdujo en un sobre, humedeció la goma con la lengua y lo dejó sobre la mesilla contigua.

—Roger, si me sucede algo —dijo muy seria—, abre ese sobre. Así sabrás lo que es preciso hacer para luchar contra Kalsthom y el diablo.

Thordill se espantó de aquella respuesta.

—Pero, Georgina...

—La lucha va a ser terrible y puede que no sobreviva. Pero es preciso destruir tanto al diablo que habita en Langdon House, como al hombre que lo posee y, a su vez, es poseído por él.

Hubo una pausa de silencio. Luego, Georgina extendió sus brazos hacia el joven.

—Ven, Roger —llamó, insinuante.

Thordill contempló el atractivo torso de la doctora, sentada en la cama, sin una sola prenda de ropa. Dio un paso hacia adelante, sintiéndose impulsado por el tremendo atractivo sensual que se desprendía de aquel hermoso cuerpo, pero, de repente, una fuerza irresistible, que nacía en su propia mente, lo obligó a retroceder.

—No, Georgina, no... Hoy no... Otro día, tal vez... Ella sonrió comprensiva.

—Sí, creo que tienes razón. Otro día; hoy no daría resultado —contestó.

* * *

Clara le llamó al día siguiente. Thordill se sentía todavía enervado por lo ocurrido la víspera, y le dijo que Georgina ya se había marchado a Marnell Field.

—¿Qué le dijo? —preguntó la muchacha.

—Es largo de contar —respondió él.

—¿No podemos reunimos a la hora del almuerzo? Venga a la cafetería de la casa, Roger.

—Está bien.

A las doce se reunieron en un rincón de la concurrida cafetería, en donde ella había hecho reservar previamente una mesa. A Thordill le parecía raro encontrarse en medio de aquellas gentes, que charlaban animadamente de

temas alejados a miles de leguas del que a él le preocupaba tanto.

—De modo que Georgina piensa enfrentarse con Kalsthom —dijo Clara, una vez estuvo enterada de todo lo ocurrido la víspera en la casa del joven.

—Con Kalsthom y con el diablo, con los dos al mismo tiempo. Y no es seguro que pueda vencer. A decir verdad, tengo la impresión de que va a Langdon House sabiéndose derrotada de antemano.

Los dedos de la muchacha tabalearon sobre la mesa.

—Georgina me preocupa muchísimo —declaró—. Tenemos el antecedente de dos mujeres que desaparecieron misteriosamente en aquella casa, sin contar a la señora Torrance. No me gustaría que a ella le sucediera algo malo.

—Fue resignada, pero también resuelta —dijo él.

—Lo sé. Es una mujer muy valerosa..., y me gustaría evitar que le sucediera nada malo.

—No veo el procedimiento, Clara. Aunque la alcanzásemos, no lograríamos persuadirla de que retroceda. Seguirá hasta el final, pase lo que pase.

—Pero... Me gustaría ayudarla de algún modo... Roger, usted mismo dijo que, tarde o temprano, Kalsthom sería castigado por sus crímenes.

—Bien, son hechos completamente terrenales, es decir, nada sobrenaturales. Y contra un juez y un jurado, cuando se encuentren las pruebas irrebatibles de esos crímenes, nada podrán sus conjuros ni los pactos que haya podido establecer con el diablo.

—Precisamente, por eso mismo, debemos ayudarla. —Los ojos de Clara centellearon de pronto—. Roger, ¿se siente dispuesto a viajar hasta Langdon House inmediatamente?

—Por mí, no hay inconveniente, pero usted..., su empleo... Clara se puso en pie.

—Aguarde aquí unos minutos, por favor.

La muchacha regresó muy pronto, con un abrigo de entretiempo colgado del brazo izquierdo y el bolso en la mano. Lanzó una mirada hacia el gran reloj eléctrico que había en una de las paredes de la cafetería y dijo:

—Faltan veinte minutos para la una. En cuatro horas, si nos damos un poco de prisa, podemos estar en Marnell Field.

—Muy bien, no se hable más.

Poco después, se sentaban en el coche. Thordill repostó en una estación de servicio que había a la salida de Fort Smith y luego lanzó el automóvil a toda velocidad, en dirección sur.

Durante largo rato, ninguno de los dos pronunció una sola palabra. Mucho más tarde, Clara, hasta entonces reclinada en el asiento, con los ojos cerrados, volvió la cabeza hacia el joven.

—Roger.

—¿Sí, Clara?

—¿Le dijo Georgina algo acerca de la carta que le dejó escrita?

—No. Sólo me indicó que debía abrirla si a ella le sucedía algo malo.

—¿La tiene ahí?
—Desde luego.
—No la pierda, Roger.
Thordill se tocó el bolsillo izquierdo de su chaqueta.
—No la perderé, Clara —respondió.

CAPITULO X

Atardecía ya, cuando avistaron en lontananza las primeras casas de Marnell Field. Salvaron la última colina e iniciaron el descenso por las largas eses que describía la carretera secundarla que conducía al pueblo. De pronto, cuando todavía les faltaban quinientos metros, Thordill frenó y metió el coche en un pequeño claro que había en un bosquecillo de álamos.

—¿Por qué hace eso? —se extrañó la muchacha.

—No quiero que nos vean en el pueblo —contestó él— Iremos a Langdon House dando un rodeo. Si no tiene inconveniente, claro.

—Es mejor así, ha tenido una buena idea.

El sol estaba acercándose ya a las ariscas colinas del horizonte. Thordill y la muchacha emprendieron la marcha a campo traviesa, describiendo un gran círculo, para evitar el paso por Marnell Field. Media hora más tarde, vieron la silueta de Langdon House.

El sol quedaba justo detrás de la casa, que parecía envuelta en un inmenso fuego rojo. Era una visión tétrica, nada agradable, que impresionó profundamente a los dos jóvenes. Hacia el lado este, el único roble en aquel punto parecía que Iba a arder de un momento a otro.

Durante un segundo, Thordill se detuvo, impresionado profundamente, bajo una extraña sensación que no hubiera sido capaz de describir con palabras. Se notó que flaqueaba y sólo un poderoso esfuerzo de voluntad le permitió seguir adelante.

Al cabo de unos minutos ganaron el límite de la zona arbolada. El sol lanzó su último rayo en un cielo incendiado por gigantescas llamaradas y las cumbres tejanas empezaron a tomar tonos violáceos.

—Esperemos —dijo.

—Georgina puede estar en peligro...

—Ahora no podemos acercamos a la casa; no hay todavía la suficiente oscuridad para aproximarnos sin ser vistos. Unos minutos más no tienen ninguna importancia. Si a Georgina le ha ocurrido algo, ya no podremos evitarlo. Y, por otra parte, Kalsthom hace sus conjuros por la noche.

Clara asintió. Eran unos argumentos llenos de lógica. Por otra parte, conocía a la doctora y la sabia muy capaz de cuidar de sí misma. El tiempo, sin embargo, se le hizo interminable, hasta que sobrevino la noche.

Entonces, impaciente, tocó la mano de Thordill. El joven comprendió y empezó a andar hacia la casa que permanecía completamente a oscuras.

Momentos después, estaban ante la puerta. Thordill tenía la intención de entrar subrepticiamente sin llamar, pero la puerta estaba cerrada con llave por dentro. Al mirar hacia las otras ventanas, vio echados los sólidos postigos de madera.

La única solución que tenían era alguna de las ventanas del primer piso, pero carecían de escalera, ya que se hallaban a unos cuatro metros sobre el

suelo. De pronto, Thordill reparó en el viejo roble, cuyas ramas tocaban la pared este de la casa.

—.Ven, Ciara —la tuteó inconscientemente.

Ella le siguió. Al llegar junto al roble, Thordill estudió unos instantes la disposición del ramaje. La horquilla, con cuatro o cinco ramas, gruesas como su muslo, se iniciaba a dos metros escasos del suelo. Una de aquellas ramas tocaba la pared, junto a una ventana, y ofrecía una apariencia lo suficientemente sólida para usarla como vía de acceso a la casa sin temor a que se rompiese.

—Clara, ¿te atreves? —preguntó.

—Creo que si... Además, tenemos que hacerlo...

—Está bien, sube tú primero a la horquilla. Luego iré yo delante y abriré la ventana.

Clara había comprendido las intenciones del joven y puso el pie derecho en el improvisado estribo formado por las manos unidas de Thordill, que se había inclinado a fin de favorecer la maniobra. Thordill hizo fuerza hacia arriba y la muchacha logró sentarse primero en la horquilla y luego ponerse en píe. Se había puesto pantalones para el viaje y ello facilitaba notablemente sus movimientos.

A continuación, Thordill tomó impulso y trepó al árbol. Luego, apoyado en los pies y las manos, caminó por la rama, hasta tocar con los dedos el antepecho de la ventana.

De súbito, las luces de la habitación que había al otro lado se encendieron. Thordill se tendió sobre la rama, con los ojos a ras del antepecho. El follaje le ocultaba a la vista del ocupante de aquella habitación. Desde su puesto de observación, pudo ver a Kalsthom que entraba en el cuarto y se movía de un modo extraño, errático, como si estuviese drogado.

Pero aquellos movimientos cesaron antes de un minuto. Kalsthom se enderezó, sacó el pecho y abandonó la estancia. Thordill dejó pasar todavía algunos minutos y luego, avanzando con infinito cuidado, logró sentarse en el alféizar.

Confió en que la relativa distancia que había de aquella ventana a las restantes habitaciones de la casa amortiguara el ruido. Movió el codo secamente, hizo saltar uno de los cristales, metió la mano por el hueco y soltó el picaporte. Instantes después, ponía el pie en la habitación, en la que percibió un extraño olor a incienso mezclado con otras drogas que le resultaron desconocidas.

Una vez en el interior, se inclinó hacia afuera, con las dos manos extendidas hacia la muchacha.

—Ven, Clara —susurró.

Ella gateó aprensivamente y sólo se sintió tranquila cuando dos fuertes manos la asieron por las muñecas. Al poner el pie en el suelo de la estancia, lanzó un suspiro de alivio.

—A quien se le cuente que la dueña de una casa tiene que entrar por una

de las ventanas, como si fuese una ladrona...

—El caso es que estás dentro, ¿no?

Thordill agarró una de sus manos y tiró de ella hacia la puerta. Al abrir, se percató de que había luz en el vestíbulo.

Rumor de voces llegaron hasta sus tímpanos. Paso a paso, caminaron hacia el arranque de la escalera. Las voces se producían en la biblioteca, cuya puerta, apreció Thordill, estaba abierta.

En la penumbra del piso superior, miró a Clara, cuyo rostro estaba a menos de un palmo del suyo.

—Georgina está todavía viva —susurró.

—Por fortuna, pero tendríamos que prevenirla...

—¿De qué? Ella sabe perfectamente a lo que se expone y, por ahora, no parece correr ningún peligro. Esperemos un poco; si viéramos que la situación empeora, podríamos intervenir.

—Pero sin descuidarnos, Roger.

—Por supuesto. Escucha, parece que maneja muy bien a Kalsthom...

* * *

La risa franca y sonora de Georgina acababa de estar llar en aquel momento.

—Por favor, doctor Kalsthom, usted tiene ganas de verme embriagada —dijo.

—No, sólo un poco animada, doctora...

—Llámeme Georgina. Dejemos los tratamientos a un lado.

—Como quiera, Georgina. Pero ¿no le apetece otro trago?

—Usted tiene cara de sátiro. ¿Quién sabe si no tiene también los hechos y no se aprovecha de mi indefensión? Además, no he venido aquí para sostener un devaneo, Sino para conocer el resultado de sus investigaciones.

—No puedo decir que hayan sido muy felices, Georgina.

—Pero mantiene un aspecto magnifico. Nadie le echaría más de cuarenta años y hoy día esa edad es la mejor en un hombre. Tiene fortaleza, se mantiene todavía viril..., y ha adquirido una experiencia inapreciable. Vamos, hable, por favor.

—Sí, he conseguido ciertas ventajas, pero me falta todavía la más principal, la que considero más importante casi que el resto de las otras.

—¿Cuál, por favor?

—El oro.

—¡Ah! Y usted cree que «él»...

—Sí, puede hacerlo, tiene que hacerlo y lo hará —dijo Kalsthom, con súbito acento de furia.

—¿Y si se niega?

—Seguirá donde está..., hasta que haya conseguido descifrar el segundo tomo.

Entonces, sabré cómo forzarle a que me obedezca plenamente.

—¿Dónde está el libro, Jan? ¿Puedo verlo?

—Claro. Venga, por favor.

Al oír aquellas palabras, Thordill y la muchacha se retiraron un poco para no ser vistos desde abajo. Ellos, sin embargo, pudieron ver a Kalsthom y a Georgina cruzando el vestíbulo en dirección a las habitaciones prohibidas.

Kalsthom sacó del bolsillo una llave dorada y abrió la primera puerta. Thordill, desde arriba, vio desaparecer a la pareja.

—Vamos, Clara —murmuró.

Lentamente, sin hacer el menor ruido, descendieron al vestíbulo. Luego se acercaron a la puerta. Thordill tanteó el picaporte. Por fortuna. Kalsthom, creyéndose en seguridad, no había cerrado por dentro.

Abrió. Las voces de la pareja llegaron nuevamente a sus tímpanos.

—Está escrito en latín —dijo Georgina.

—Sí, latín antiguo, pero codificado, de tal modo que me resulta imposible conocer lo que está escrito en el libro —respondió Kalsthom—. La cifra empleada en el segundo tomo es distinta por completo de la del primero. Tan distinta como los materiales que hoy día se emplean en los libros corrientes. Estas hojas son pergamino, piel de oveja sacrificada antes de ser fecundada por primera vez y a las doce de la noche, en el plenilunio. Los libros actuales están hechos de papel, obtenido a partir de la pulpa de madera.

—Sin embargo, usted consiguió sujetarlo a su voluntad.

—Es cierto, pero, como he dicho antes, se rebela constantemente. No puede escapar, pero tampoco me concede lo que quiero.

—A ver, déjeme un momento...

Sobrevino un intervalo de silencio. Luego, de súbito, Georgina se volvió hacia Kalsthom.

—Le sacrificaste tres mujeres...

Sonó una risa homérica, escalofriante.

—Muchas más de tres —contestó Kalsthom—. Pero ni aun así ha querido acceder a mis deseos.

—Se ve que no es aficionado a los sacrificios.

—No, pero eso se indica en el primer tomo y yo seguí las instrucciones al pie de la letra.

—Mujeres jóvenes, por supuesto.

—No importa la edad.

—Ah, es ecléctico.

—Es indiferente, pero yo pienso ablandarle con los sacrificios..., y con mi paciencia, porque estará allí abajo hasta que se rinda.

—Tienes para rato —dijo Georgina, riendo.

—No hay prisa. Puedo esperar años y años, siglos, incluso...

—Y el día que ceda, serás el hombre más rico de la tierra.

—Sí —respondió Kalsthom—. El hombre más rico y el que dominará a todos. Nunca moriré y dispondré de las riquezas suficientes para hacer y

deshacer a mi antojo. Todo el mundo me reverenciará y los débiles y los poderosos, todos, absolutamente todos, curvarán sus espaldas ante mi presencia.

Thordill y la muchacha se sentían estupefactos. Aquellas dos personas, ¿eran locos? ¿Estaban atacados de megalomanía? ¿Creían seriamente en lo que decían?

De pronto, Kalsthom emitió un extraño grito, mezcla de ladrido de perro y chillido de pájaro nocturno.

Clara se apretó instintivamente contra el joven. El grito se prolongó durante unos momentos, con distintas alternativas en su intensidad sonora, estridente hasta amenazar romper los tímpanos o débil, y casi inaudible. Era un grito que horripilaba y llenaba de hielo las espaldas.

De súbito, se oyó un rumor como de olas que rompían contra un acantilado con toda su potencia. Las luces oscilaron y la casa trepidó ligeramente.

Luego, sonó una voz que no parecía de este mundo:

—Aquí me tienes. Habla, te escucho.

CAPITULO XI

Atraído por una curiosidad invencible, Kalsthom cruzó la antecámara vacía y llegó a una de las puertas, que permanecía entreabierta. Y lo que vio le llenó de horror.

Algo había en la estancia, cerca del atril con el libro y la vela verde que ardía con una gran llama del mismo color y de la que se desprendía un extraño perfume. Aquella cosa... ¿qué era?

Tenía forma y no tenía forma. A veces, parecía un gran oso, desprovisto de pelo, y otras veces era como un montón informe de carne oscura, de piel negra y brillante, pero, en todo momento, se podían ver en la cosa dos ojos de color fuego, que brillaban como carbones encendidos.

¿Estaba viendo al diablo?, se preguntó.

En todo caso, no ofrecía el aspecto con que había sido representado por pintores y dibujantes, no era el ser con figura humana, cuernos, rabo terminado en punta y un tridente en la mano. Ni tampoco un elegante caballero, de aire mefistofélico, cejas picudas, sonrisa insolente, bigote y perilla. No, aquella cosa era algo horrible, indescriptible, un ser que procedía de lo más profundo del infierno..., y que, inexplicablemente, estaba sujeto a la voluntad del doctor Kalsthom.

El olor que se desprendía de la vela verde era insoportable. Thordill oyó un vivo intercambio de frases entre Kalsthom y la cosa, un diálogo rabioso, colérico, hirviente de furia recíproca. Pero entonces vio otra cosa y ge sintió desfallecer.

Georgina yacía en el suelo, completamente inmóvil. ¿Qué le había sucedido?

De repente, notó que se le doblaban las rodillas. Quiso buscar un punto de apoyo, dándose cuenta de que iba a perder el sentido, pero su mano se posó sobre la hoja de la puerta junto a la que se hallaba y que se abrió en el acto. Kalsthom volvió la cabeza y lanzó un grito de rabia, pero Thordill ya no lo oyó.

* * *

Cuando despertó, sintiendo todavía que la cabeza le daba vueltas, advirtió que estaba sentado, pero atado por una fuerte cuerda que le rodeaba el torso y los brazos. Clara estaba frente a él, en la misma postura.

La muchacha, sin embargo, seguía aún desmayada. Thordill se preguntó qué les habría hecho perder el conocimiento. Tal vez el narcótico contenido en el humo que se desprendía de la vela verde, supuso.

Miró a través de la ventana. Aún era de noche. No, no habían estado mucho rato sin conocimiento.

Kalsthom entró de repente en la habitación.

—¡Ustedes, entrometidos —dijo, furioso. Thordill apretó las mandíbulas.
—¿Dónde está la doctora Leonard?
—Ah, se conocían...
—Sí, la conocía. Contésteme, doctor.
—No se preocupe por ella. Preocúpese, en todo caso, por usted.
—Y por la señorita Chase..., y por Meg y Raquel..., y por la señora Torrance y todas las mujeres a las que ha sacrificado en su demoníaca ambición...
Kalsthom se echó a reír.
—Cuando uno quiere llegar muy alto, las víctimas resultan inevitables.
—Sí, ya veo. De modo que Georgina está muerta.
Displicente, Kalsthom sacó un cigarrillo, lo encendió y expulsó el humo por boca y narices.
—No pensaba hacerlo, pero presentí que había venido a visitarme por algo más que la simple curiosidad de conocer mis investigaciones demonológicas. Y, claro, no podía permitir que una intrusa interfiriese mis planes.
—Lo cual significa que Clara y yo vamos a correr la misma suerte.
—Es lamentable, pero necesario. De todas formas, no tema, no padecerán en absoluto.
—¿Veneno?
—Narcótico. Se dormirán y ya no despertarán.
Las manos del joven empezaron a trabajar lentamente a su espalda. Decidió entretener a Kalsthom, con objeto de poder liberarse de sus ligaduras. Luego pelearía con él... Kalsthom era, sin duda, un hombre más robusto, pero, pese a todo, con diez años más sobre su cuerpo.
—De modo que usted ha establecido un pacto con el diablo... Kalsthom lanzó al aíre varios anillos de humo.
—Entonces, mintió. Usted no es hijo del otro doctor Kalsthom —exclamó Thordill.
—Soy el mismo doctor Kalsthom de hace veinticinco años, y el mismo de hace cincuenta y también cíen... Cuando conseguí detener los progresos de la edad, ya tenía este aspecto. Naturalmente, mi apariencia ha variado un poco con el paso de los años. Aún alcancé a llevar peluca empolvada, he usado barba de collar, como Abraham Lincoln, y larga cabellera, como el general Custer..., y, por supuesto, los ropajes adecuados a cada época. Pero sigo siendo el mismo.
—Un hombre que ha cometido asesinatos desde hace ciento cincuenta años.
—No tanto —contradijo Kalsthom—. Lo de los sacrificios de víctimas humanas es una idea que se me ocurrió hace relativamente poco tiempo.
—A pesar de lo cual, no ha conseguido nada.
—Debo admitir que mis esfuerzos, dirigidos en cierto sentido, han fracasado. Pero soy paciente. A fin de cuentas, dispongo de una infinidad de tiempo.

—Doctor, ¿cómo consiguió pactar con el diablo?

—Bueno, hace unos ciento cincuenta años, en una subasta de libros antiquísimos, encontré uno, en dos tomos, que trataba sobre demonología. Están escritos por un sujeto que nunca alcanzó renombre, aunque, por lo visto, sí consiguió hacer que el diablo le obedeciera. Pero murió y sus bienes se subastaron para pagar las deudas que había dejado. Yo compré ese libro, descifré el primer tomo...

—Y entonces, invocó al diablo y estableció un pacto con él.

—Exacto. Pero me faltaba la segunda parte, y eso es lo que me ha retrasado durante tantos años.

—Hace un cuarto de siglo, aquí, en esta casa, ocurrieron cosas espantosas. ¿Qué pasó, en realidad?

—Hubo una pelea terrible. El diablo y yo luchamos durante horas enteras. Aunque le parezca increíble, conseguí derrotarlo. Pero tuve que marcharme ocultamente. Aquello había hecho demasiado ruido y no tenía ganas de que esos crédulos aldeanos me quemaran vivo un día.

—Ah, luego es vulnerable a los actos hostiles de otros seres humanos.

—Sí, desgraciadamente, debo tener mucho cuidado con mi persona. Un accidente cualquiera podría matarme, lo mismo que a usted.

—Lástima que eso no haya ocurrido ya —dijo el joven entre dientes. Kalsthom se echó a reír.

—No es previsible que suceda —contestó—, Pero, como le digo, tengo todo el tiempo que quiera por delante.

—Con un diablo a 6u disposición, como si fuese un esclavo, cualquiera podría llegar a ser algo en este mundo. Y así, encuentro que no sienta el menor remordimiento por los crímenes cometidos.

Kalsthom hizo un gesto despreciativo con la mano.

—Usted, cuando va de paseo por el campo, aplasta con el pie numerosos insectos, en los cuales ni siquiera se fija. Lo mismo me sucede a mí.

—Es decir, nos considera como insectos...

—Un estorbo, simplemente —dijo Kalsthom con frialdad.

Thordill pensó que aquel hombre estaba demente, con una locura dirigida en un único sentido. Había conseguido algo muy preciado: la conservación de su juventud, la prolongación de la vida ilimitadamente..., pero no se conformaba con algo por lo que todos los hombres darían cuanto poseyesen. Era un hombre poseído por una ambición sin límites, un ser capaz de arrollar todo cuanto se opusiera a sus propósitos, sin sentir el menor remordimiento.

Las ligaduras estaban ya casi sueltas. Clara empezaba a dar señales de vida.

—Doctor...

—¿Sí, señor Thordill?

—Dígame una cosa, por favor. Usted admite que mató, entre otras, a Meg Brell y a Raquel Keegan. No vamos a discutir las cartas que falsificó, suplantando las que nos escribían a la señorita Chase y a mí, respectivamente.

Ni tampoco mencionaré la sustancia química inflamable con la que impregnaba el papel para que ardiese y no quedasen pruebas de tal falsificación. Pero hay algo que resulta incomprensible.

—¿De qué se trata?

—Abigail Torrance.

—Ah, la buena señora Torrance... Una mujer curiosa, de larga y afilada nariz, metafóricamente hablando, claro. Quiso meterla donde no debía... y sacarme algún dinero, además. No tuve otro remedio que eliminarla.

—Cortándole la cabeza y haciendo desaparecer el cuerpo.

—Exactamente.

—¿Por qué, doctor?

—Fue, estimo, un toque genial de humor. Ello pondría en conmoción a la aldea y haría que los vecinos se sintiesen amedrentados, sin ánimo para fisgar en mis trabajos.

—Aparte de hacer otro sacrificio al diablo...

—Sí. Permítame unos minutos, señor Thordill. Tengo algo interesante que hacer y no puedo demorarlo. No tardaré mucho en volver, se lo aseguro.

Kalsthom se marchó y cerró la puerta. Clara había despertado ya y miró al joven con expresión angustiada.

—Va a matarnos —adivinó.

—No, si yo puedo evitarlo —contestó Thordill, a la vez que ensenaba sus manos Ubres.

Clara casi gritó de alegría. Un minuto después, estaba libre y se apretó instintivamente contra él cuerpo del joven.

—Roger, ¿qué haremos ahora?

—Se me ha ocurrido una idea. Puede que la consideres fantástica, disparatada..., pero todo lo que está sucediendo aquí es fantástico y disparatado. En ocasiones, hasta a las personas normales les ocurren cosas que no parece puedan suceder en este mundo. Y puesto que es así, voy a aprovechar la ocasión para intentar que Kalsthom reciba el castigo de sus crímenes.

—¿Cómo, Roger?

El rostro del joven se ensombreció.

—Desgraciadamente, ya no podemos hacer nada por la pobre Georgina —contestó—. El humo narcótico de la vela le hizo perder el sentido, lo mismo que a nosotros. Pero Kalsthom, sin duda, consideró que ella era mucho más peligrosa y la eliminó antes.

Clara se tapó la cara con las manos.

—Ella ya presentía lo que podía sucederle...

—Sí, y por eso me dejó una carta.

Thordill sacó la carta, rasgó el sobre y extrajo de su interior una cuartilla, que desplegó en el acto. Con gran sorpresa, la carta contenía una frase muy breve:

«Reza por mí, porque así sabrás lo que debes hacer.»

Enseñó la misiva a Clara. Ella se quedó no menos desconcertada que su acompañante.

Pero Thordill ya sabía lo que debía hacer.

—Ven —dijo en voz baja, a la vez que la arrastraba hacia una de las ventanas.

CAPITULO XII

Media hora más tarde, estaban en el coche. Thordill hurgó frenéticamente en el maletero. Al cabo de unos segundos, cargaba con la escala de cuerda y una linterna.

Clara adivinó sus intenciones..

—Vas a bajar al pozo —se estremeció.

—Sí. Quédate aquí y no te muevas.

—Roger, tengo miedo de quedarme sola...

—Pero no puedes venir conmigo.

—Déjame ir. Creo que pasaré menos miedo que esperándote aquí, sumida en la incertidumbre...

—Está bien.

Thordill agarró una palanca de hierro, con uno de sus extremos plano y hendido, y se la pasó por el cinturón.

—Quizá veamos algo terrible, algo que no olvidaremos en la vida, pero debemos hacerlo, ¿comprendes?

—Sí, Roger.

—Georgina vino sabiendo a lo que se exponía, sacrificando deliberadamente su vida, pero nosotros no seríamos dignos de su sacrificio si ahora huyéramos cobardemente. Además, presiento que Kalsthom nos perseguiría implacablemente el resto de nuestros días y no podríamos vivir jamás en paz. Sus crímenes deben ser castigados, Clara.

Ella hizo un gesto de aquiescencia. Roger agarró de nuevo su mano y emprendió el regreso a Langdon House, a través de los campos oscuros y silenciosos, lo mismo que el pueblo, cuyos habitantes dormían, desconocedores del drama que se producía a altas horas de la noche.

Cuando llegaron al pozo, Thordill descolgó la escala de cuerda sin pérdida de tiempo.

Luego se volvió hacia la muchacha.

—Quédate aquí —dijo—. Si viniera Kalsthom, agáchate. En el peor de los casos, corre todo lo que puedas. ¿Lo has entendido?

—Sí..., puro ton cuidado... Thordill sonrió.

—Tengo la impresión de que voy a saber manejar la cosa que hay en el fondo del pozo

—respondió.

Inmediatamente, emprendió el descenso. Cuando llegó abajo, movió la linterna, hasta encontrar la raya fosforescente que delimitaba la entrada secreta. Entonces, con gesto súbitamente resuelto, introdujo el extremo plano de la palanqueta en uno de los intersticios y apretó a fondo.

Algo chasqueó ligeramente. Aquel trozo de muro giró lentamente, dejando a la vista un túnel oscuro y lóbrego, del que se desprendía un insoportable hedor.

Thordill divisó cuerpos humanos inmóviles y huesos que blanqueaban siniestramente a la luz de su linterna, y también vio ropas y objetos personales amontonados de cualquier forma en aquel túnel, cuyo final no podía divisarse. Pero, tras el primer choque, su atención se centró en aquella extraña vasija que tenía delante de si, en el suelo.

Se felicitó que Clara se hubiese quedado arriba. El espectáculo era demasiado horrible para las sensibles retinas de la muchacha. Thordill pensó que jamás olvidaría lo que estaba viendo.

Si, Kalsthom se merecía todas las penas del infierno. Podía haberse conformado con lo que ya había obtenido, pero su insaciable ambición le había llevado a cometer los más horribles crímenes. Debía pagarlo..., y la Justicia humana no podía conceder el castigo que se merecía.

La luz de la linterna se fijó en la vasija, en forma de ánfora, pero de vidrio completamente transparente y tapada por algo que parecía lacre rojo. En el interior, algo rebullía coléricamente.

—Sácame de aquí —dijo la cosa. Thordill se llenó los pulmones de aire.

—Eres el diablo —dijo.

—¿Lo dudas?

—Bueno, estás encerrado... como los *djinns* de los cuentos árabes de Las mil y una noches. Apuesto a que el lacre rojo tiene grabado el sello de Salomón.

—Eres un tipo listo, no cabe duda.

—Si tú eres el diablo, resultas ser un poco tonto, y perdona la franqueza. ¿Cómo pudiste permitir que Kalsthom te encerrase en esa botella?

—El diablo, contra lo que piensa la gente, no es omnipotente. Hay fórmulas muy antiguas que permiten encadenar a uno de nosotros. Kalsthom las encontró y me encerró en la botella.

—Pero, sin embargo, sales...

—Me tiene dominado con su hechizo, porque no ha destruido el sello de Salomón. Mientras ese sello esté en la botella, yo tengo que regresar aquí indefectiblemente, después de cada salida.

—Me parece muy bien —dijo Thordill con acento lleno de naturalidad—. Si pudieras salir libremente, ibas a cometer estragos sin cuento.

—Lo único que quiero es regresar al infierno —rechinó la cosa—. Hace ya demasiado tiempo que falto de allí...

—Ah, ¿también cuenta el tiempo para vosotros?

—Cuando estamos fuera del infierno, claro, hombre. ¿Por qué no me sueltas? Te daré lo que me pidas, oro, riquezas sin cuenta, salud a prueba de bombas...

Thordill se echó a reír.

—Hablas enteramente como nosotros —dijo.

—Hablo de una forma que te resulte inteligible. Si fueras árabe, chino, ruso o de cualquier otra parte, hablaría como hablan las gentes de esos países, de acuerdo con la idiosincrasia peculiar de cada pueblo.

—Dispénsame, no quise ofenderte. Pero ¿puedo preguntarte una cosa?

—Bueno...

—Kalsthom te retiene aquí, ¿por qué? ¿No le has dado bastante, concediéndole la juventud eterna?

—Cuando logró atraerme, merced a sus conjuros, hicimos un pacto. Yo le concedí lo que me había pedido. Pero él me engañó...

—Yo creía que vosotros, los demonios, podíais penetrar en la mente de los humanos.

—Y así es, salvo en circunstancias especiales.

—¿Por ejemplo?

—El sello de Salomón que lleva permanentemente colgado del cuello..., esta botella, también sellada..., y otra cosa que me resulta impronunciable.

—¿Por qué?

—¡Hombre, soy un demonio! Thordill asintió.

—Entiendo. El otro día, yo hice ese signo con la mano y tú te agitaste en tu encierro...

—¡Calla, no lo menciones! —gritó la cosa.

—Siento haberte molestado. Dime, alguna vez ¿has pedido que te saquen de aquí?

—Sí. La gente pasa en ocasiones y yo lo sé y grito..., pero todos huyen aterrorizados... Thordill recordó de inmediato el día en que había estado en aquel lugar junto con Loma. No, no había sido una ilusión de sus sentidos. Había escuchado realmente la voz de la cosa encerrada en aquella redoma, cuyo cuello le llegaba hasta casi el pecho.

—Bueno, estamos hablando demasiado tiempo y yo empiezo a perder la paciencia. Antes te he propuesto un pacto. ¿Qué prefieres: salud, dinero, felicidad, larga vida...?

—Son unas ofertas muy tentadoras, seguramente las mismas que le hiciste a Kalsthom.

—Sí, pero él sólo aceptó la de eterna juventud. Debe de ser un burro; en ciento cincuenta años, no ha sabido hacerse rico.

—Y por eso te tiene encerrado...

—En efecto. Quiere que le proporcione la fórmula de la piedra filosofal.

—La transmutación del plomo en oro.

—Exactamente.

—¿Puedes hacerlo?

—Sin ninguna duda. Pero él eligió la eterna juventud y yo sólo podía concederle una petición. Ni puedo ni querría, aunque pudiese. Tú, ¿qué quieres?

Thordill meditó un segundo. Eran demasiados crímenes..., y Kalsthom podía continuar matando en lo sucesivo.

—Los sacrificios de víctimas humanas no te han impresionado —dijo.

—¡Bah! Creía que me dejaría ablandar... Ese hombre es estúpido. Sólo fue listo una vez. Bien, sácame y te concederé lo que me pidas.

—¿No me traicionarás después?

—No. Soy leal en mis tratos.

—Y yo no quiero venderte el alma a cambio.

—¿Te lo he pedido acaso?

—Está bien, pero, por si acaso, te advertiré que tengo un arma contra la que no pueden tus malas artes. ¿Adivinas cuál es?

—Sí, lo adivino. Y aunque no la llevaras colgada al cuello, tampoco te traicionaría.

—Gracias. Voy a pedirte una cosa: castiga los crímenes de Kalsthom.

—¿Cómo? ¿No pides nada para ti?

—Ya me lo dará. Alguien infinitamente todopoderoso, si cree que soy merecedor de ello.

—Indudablemente, lo eres. Creo que he tenido suerte. —De la botella salió un sonido parecido a una risotada—. ¿Puede un demonio decir una cosa semejante?

—Ya la has dicho —contestó Thordill—. Ahora, indícame cómo he de librarte.

—Quema el lacre, será suficiente.

—Recuerda que él lleva otro sello de Salomón.

—Pero éste, en el que se apoya el otro, estará destruido. ¡Vamos, pégale fuego!

La lámpara, sostenida por el cordón, iluminaba lo suficiente para que Thordill pudiera encender un fósforo y acercar la llama al lacre. Un segundo después, se produjo un vivísimo fogonazo.

* * *

Algo salió de la botella, con ruido bramador. Thordill sintió como si una mano lo empujara al suelo y cayó de espaldas. Una cosa que se retorcía y se agitaba furiosamente brotó del túnel y se elevó vertiginosamente hacia las alturas.

Clara, aterrada, se agachó detrás del brocal. El suelo temblaba como el mar agitado por una tempestad. Aquella cosa brotó en medio de horripilantes sonidos y se dirigió hacia la casa.

Estallaron algunos vidrios. De pronto, se oyó dentro de la casa un espantoso alarido. Luego se produjeron unos fortísimos ruidos: muebles que caían o se volcaban, rompiéndose en astillas, objetos que se hacían mil pedazos, crujir de muros... Al mismo tiempo, en el interior de la casa se velan brillar vivísimos resplandores multicolores, mientras que los estampidos semejantes a cañonazos sonaban incesantemente.

De repente, se oyó un trueno gigantesco, mezclado con un alarido de indescriptible potencia. Luego volvió el silencio.

La cosa surgió de nuevo, serpenteando velocísimamente hacia el pozo. Thordill continuaba todavía en el suelo, aturdido, y la vio pasar por su lado,

convertida ahora en una especie de relámpago alargado, que se dirigía hacia el fondo del túnel. La luz se intensificó durante unos instantes y luego fue alejándose raudamente, hasta desaparecer por completo.

Sí, aquello era la boca del infierno, pensó el joven, mientras, penosamente, empezaba a levantarse. Pero allí ya no vivía el diablo.

* * *

Encontraron al doctor Kalsthom muerto en la habitación donde hacía sus conjuros y en la que había un pequeño recipiente que contenía una extraña cera, que

Thordill quemó más tarde, al aire libre y muy lejos de aquel lugar.

El aspecto de Kalsthom era horrible. El forense que lo reconoció más tarde dijo que no podía explicar científicamente lo sucedido. Kalsthom tenía los huesos literalmente deshechos, como si se los hubieran pasado por una trituradora gigante. Era sólo una masa de carne informe y sanguinolenta, que infundía verdadera repulsión a quienes la contemplaban y que, por fortuna, no fueron muchos.

Las víctimas de aquel demoníaco sujeto fueron enterradas piadosamente. Thordill se prometió erigir un mausoleo a la memoria de tres jóvenes horriblemente muertas, pero, sobre todo, dedicado a una mujer valerosa que había acudido a una cita sabiendo que corría el riesgo de perecer y que, sin embargo, no había querido retroceder.

Más adelante, Clara hizo rellenar el pozo de tierra y ordenó la demolición absoluta de la casa. Todo lo que no era de piedra ardió en una hoguera, incluso los libros satánicos, de los que se había servido Kalsthom para sus infernales conjuros. Thordill alabó la decisión de la muchacha. Los libros, pensó, podían tener tal vez interés para los estudiosos, pero era preciso evitar que cayeran en manos poco escrupulosas.

Un año más tarde, la hierba y las flores crecían nuevamente en la colina. Clara llamó a un sacerdote católico, conocido suyo, el cual bendijo la colina y la roció con aspersiones de agua bendita. La muchacha estaba segura ahora de que el diablo ya no volvería a vivir más en aquel lugar.

* * *

El hombre acababa de echarse algo al bolsillo, cuando, de pronto, sintió que le tocaban en el hombro.

—Haga el favor de acompañarme, caballero —dijo uno de los detectives que actuaban en aquel edificio, donde estaban instalados unos grandes almacenes.

Thordill arqueó las cejas.

—¿Yo? ¿Por qué?

—No arme escándalos, amigo —murmuró el detective, a la vez que le aprisionaba un brazo con dedos de hierro—. Esto puede solucionarse

fácilmente, si usted quiere..., o también puede intervenir la policía. Vamos, camine.

Momentos después, los dos hombres entraban en un despacho. Al otro lado de la mesa había una joven de aspecto muy atractivo.

—Señorita Chase —dijo el detective—, he sorprendido a este caballero en el momento de apoderarse de un objeto en la sección de joyería.

—¡Roger! —Exclamó Clara, a la vez que se ponía en pie—. No puedo creer que te hayas convertido en un ladrón...

Thordill sonrió. Metió la mano en el bolsillo y sacó una preciosa sortija.

—Pregunté por ti y me dijeron que estabas muy ocupada —dijo.

—Ah, se conocen —mascullό el vigilante.

—De modo que has preferido pasar por un ladrón, para que te trajeran a mi despacho...

—Claro, de todas formas, iba a comprar la sortija de pedida —rió el joven —. Aunque si ésta no te gusta...

Clara se enterneció.

—Oh, Roger, no sé qué decir... —Sus ojos soltaron unas lagrimitas, hipó un poco y tuvo que sacar un pañuelito, con el que se sonó fuertemente—. Roger, me dejas tan confundida...

—Dígale que sí, señorita —exclamó el vigilante, riendo desaforadamente. Dio media vuelta, salió y cerró la puerta con todo cuidado.

—¿Si, Clara? —preguntó Thordill.

Ella, suspiró.

—Te has hecho esperar demasiado —se quejó.

—Bueno, pero... he llegado. ¿Te gusta esta sortija o elegimos juntos otra? Clara salió de detrás de la mesa y se abrazó al joven.

—La sortija es lo de menos —contestó apasionadamente.

Thordill la besó.

—Pronto viviremos juntos..., y el diablo no vivirá con nosotros — murmuró. Ella se estremeció.

—Olvidémoslo, querido —dijo—. Fue demasiado horrible.

—Sí, demasiado horrible. Y sucedió realmente.

Los pensamientos de Thordill fueron durante un segundo a cierta colina en la que ya no vivía el diablo. Aquello era el pasado, se dijo.

El presente y el futuro estaban delante de él, entre sus brazos.

FIN